ALFONSO B. ALFARO

La caída de la hoja

COMEDIA

en dos actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1913

LA CAIDA DE LA HOJA

LA CAIDA DE LA HOJA

COMEDIA

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

ALFONSO B. ALFARO

Estrenada en el TEATRO ALVAREZ QUINTERO la noche del 19 de Noviembre de 1913

MADRID

R. VELASCO IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número 551

1913

A Teodora Moreno y Ramiro Mata

El éxito de esta obra, al estrenarla, se debió principalmente á vuestra delicada, finísima y primorosa labor de artistas.

Justo es que, honradamente, lo declare y que os la dedique.

Aceptadla tan cordialmente como os la ofrezco y dejadme consignar aquí, que, en LA CAÍDA DE LA HOJA, *Ramona Valdivia demostró que no hay papeles pequeños para las actrices grandes; que á Ramos, por su bizarría ante el enemigo, hay que darle el tercer entorchado de los asistentes y de los actores cómicos, y que se portaron como los buenos la monísima Dulce, la Sra. Rizo y los Sres. Masip, Victorero y Fernández.*

Gracias, pues, muchas gracias á todos.

Así se hacen las comedias.

Muy agradecido y siempre obligado

Alfonso.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SOLEDAD.........................	Srta. Moreno.
JULIA.............................	Valdivia.
DONCELLA.......................	Dulce.
COCINERA.......................	Sra. Rizo.
EL GENERAL....................	Sr. Masip.
MANUEL..........................	Ramos.
PACO..............................	Mata.
ENRIQUE.........................	Victorero.
CHAUFFEUR.....................	Fernández.



ACTO PRIMERO

Habitación lujosa en la planta baja de un hotel. Un gran ventanal al foro, por el que se ve el jardín. A la derecha dos puertas.

ESCENA PRIMERA

SEÑOR MANUEL, COCINERA, DONCELLA y CHAUFFEUR. El señor Manuel, viejo, con el pelo blanco y algo temblón

Man. (Incomodado.) No puede ser, aunque lo prediquen frailes bernardos. (Con acento andaluz.)

Coc. Que sí señor. (Con acento gallego.)

Man. Que no, te digo.

Coc. Vea usté. Nueve y ocho diecisiete, y tres veinte y llevo tres.

Man. Yo que tú llevaba cuatro.

Coc. ¿Pues cuántas llevo?

Man. ¿De veinte? Algo más acá y un poco más allá de Sierra Morena, solo se llevan dos.

Coc. Bueno; pues dos y tres seis...

Man. Mira; déjate de matemáticas de cocinera y no me alborotes la bilis. Tres y dos son cinco.

Coc. Eso es, y tres ocho... (Se ve de cuando en cuando caer hoja de los árboles del jardín.)

Man. Total ochenta. ¿Ves tú?

Coc. Ochenta salen, sí, pero algo me dejo.

Man. ¿Tú? Si cuando no puedes sisar en una peseta *pa* quitarle algo la muerdes.

Coc. Me tiene que salir más en la suma.

Man. Pues como no te la sume Diego Corrientes...

Coc. No señor. Aquí falta algo.

Man. Sí; la Guardia civil. Anda mujer, anda.

Coc. (Yéndose por la primera derecha.) Nueve y ocho diecisiete y tres...

Man. A ver tú. (Lee un papel que le da la doncella.) «*Pa* dos almohadones...» (Sin leer.) ¿Quince metros de tela? (Admirado.)

Donc. Quince.

Man. ¡Echa tela! ¿*Pa* dos almohadones?

Donc. Sí, señor.

Man. Serán dos tiendas de campaña.

Donc. Es que he echado cuello á una camisa con lo sobrante.

Man. Pero, ¿aún no has terminado el equipo de tu novio, nena?

Donc. ¡Señor Manuel!... (Ofendida.)

Man. ¿Y qué dice aquí?

Donc. Puntillas.

Man. ¿Ocho piezas? (Muy admirado.)

Donc. Sí, ocho.

Man. ¿También el niño gasta eso?

Donc. Usted cree...

Man. Que tú quieres hacerme tragar que los jilgueros se crían con biberón...

Donc. Ha sobrado una.

Man. ¿Una? Tú coses con trabuco.

Donc. ¡Señor Manuel!...

Man. Esto ya es *demasiao*. ¡Ni en Despeñaperros! ¡Ni en una escribanía! A ver; venga inmediatamente la que ha *sobrao*.

Donc. Sí, señor. (Yéndose por la primera derecha.)

Man. ¡La divina Pastora, qué ladronera de casa! ¡Y dígales usté algo á estos granujas! Por supuesto, que con éste que no sabe español, me desahogo, vaya si me desahogo. Ven aquí tú... Pernales.

Chauf. Bon herzen gern. (1) Guten zag, mein herr. (2)

Man. Vamos á ver; ¿cuánto me has *robao* esta semana, so ladrón?

---

(1) Con mucho gusto. Pronúnciese «Bon gersen ger» Suaves las ges.

(2) Buenos días, señor. Pronúnciese «Guten zag, main ger.»

Chauf. Ich horte euch nich. (1)

Man. Sí que tienes un catarrito regular. Vamos, dame la cuenta.

Chauf. Ya saper, ya saper. (Le da un papel.)

Man. ¿Qué dice esta solfa?

Chauf. Jasuline diez cinco bidons.

Man. ¿Quince bidones de gasolina? Pero, ¿se bebe eso, so borrachín?

Chauf. Dosento sosento poseta; llantas cuatrosento novento poseta; tornillos cuarento ciento poseta, raparasiones, dosciento, sesento, ochento poseta...

Man. ¡María Santísima! Pero, ¿tú crees que aquí hacemos moneda falsa? ¡So granuja! ¡so ladrón! ¡so chauffer!

Chauf. Ich horte euch nich.

Man. ¡Maldita sea! Vete hombre, vete, quita de ahí y que yo no te vea. (Echándole.)

Chauf. Bon herzen gern. Guten zag, mein herr. (Se va.)

Man. Mein herr... mein herr. Tampoco á mí me importa ¿sabes tú? ¡granuja! ¡pillo! ¡sinvergüenza!

ESCENA II

MANUEL, GENERAL

Gen. (Por la segunda derecha.) ¿Qué voces son esas? ¿Qué pasa?

Man. Que aquí se ha *tomao* la bolsa de usté por pila de agua bendita, mi general. Todo el mundo mete la mano en ella.

Gen. Hombre, ahora no podemos quejarnos de la nueva servidumbre.

Man. ¡Pobrecillos! Gana de hablar que yo tengo, nada más que gana de hablar; porque si la otra cocinera sisando era una profesora, ésta *pué* poner academia de concejales; si el cochero que despedimos abusaba una mijita del pienso, el chauffer de ahora las pesca de gasolina, y si el novio de la doncella anterior fumaba Susinis, el de ésta no se está

(1) Yo no os entiendo. Pronúnciese «Is gurte aus nis.»

haciendo más que un *trousseau*. (Como está escrito.) Al cambiarse de *criaos*, qué bien dice la canción:

Quien muda de molinero
solo muda de ladrón.

Así está esta casa, mi general.

Gen. Como casa de viudo.

Man. No hay cosa en su sitio; todo anda revuelto. El *planchao* en la fresquera, el vino en la librería, la sal en un baul... Ayer encontré mis zapatillas dentro del filtro.

Gen. ¿Y qué vamos á hacer? Ahora que ha llegado uno á Villavieja y que necesita más que nunca los cuidados y el cariño de la familia, ya ves, mi hija pequeña monja.

Man. Esa se fué con Dios.

Gen. La mayor casada.

Man. Y esa con el diablo, porque el marido es una bala.

Gen. Y mi hijo salió de la Academia, y aunque vive con nosotros, casi le vemos.

Man. ¡Buenos están los hijos! Les hace uno con muchas fatigas el nido, lo resguarda del sol y del viento entre hojas y flores, se desvive por traerles la comida al piquito, y cuando los muy ingratos pueden volar, tienden el ala y ¡hale! á vivir libres é independientes, sin tener lástima de los pobres viejos que se quedan solos, y sin acordarse de que las deudas más sagradas son las deudas del querer.

Gen. Eso hicimos nosotros y así harán con ellos. Son leyes de la vida.

Man. ¡Ah! ¿son leyes? Entonces son malas.

Gen. No. Esa ingratitud de los hijos es conveniente, porque al dejar la casa de los padres, sí que destruyen una familia, pero crean varias. Hay, pues, que résignarse á que las formen, para que en ellas se enteren de lo que es querer como los quisieron, y abandonar como abandonaron.

Man. Y *pa* que paguen ojo por ojo y diente por diente. Si yo fuera padre, al llegar á viejo y verme solito y abandonado como usté, creo que sería rencoroso.

Gen. Todos los padres lo somos noblemente. ¿Por qué queremos tanto á nuestros nietecitos? Porque son la venganza más hermosa: la venganza del abuelo.

Man. Pues usté á los señoritos sí que les tiene que cobrar. No vienen aquí más que cuando necesitan algo.

Gen. Por fortuna necesitan mucho.

Man. ¡Valientes egoistas!

Gen. Dios los haga más, para que no me busquen menos. ¡Los hijos! ¡Bien se conoce que no los tienes!

Man. Ni falta.

Gen. Los quiere uno tanto que hasta sus defectos agradan.

Man. Así debe ser; porque hace poco, la jardinera, enseñándome el suyo, un pachón que sirve *pa* palillero, me decía: «Mire usté señor Manuel, mire usté qué rollo de manteca y qué nariz tan requetegraciosa tiene.» Y el niño es tan chato, que *pué* sonarse por la nuca.

Gen. ¡Qué cosas tienes! ¿Ha habido correo hoy?

Man. Sí, se me había olvidado. Esta carta. (Se la da.)

Gen. ¡Hombre, de mi primo! (Se pone á leerla.)

Man. ¿De don Luis? Ya era hora. ¿Dice algo de *Soledá?* Hace tres años que no la vemos y debe estar hecha una rosa, porque era un capullo soberbio de mujer.

Gen. ¡Caramba!

Man. ¿Qué, está malo don Luis?

Gen. ¡Qué desgracia!

Man. ¿Acaso *Soledá?...* Lea usted.

Gen. «Querido Pepe: Estoy arruinado. Huyendo de acreedores, que ya me acosan, marcho al Brasil á rehacer mi fortuna en un negocio de grandes esperanzas. No quiero exponer á Soledad á las penalidades que allí me aguardan. Por eso, á tí que la tuviste en la pila y que la quieres tanto, te la confío. Ampárala. Va mañana con unas señoras amigas; ignora mi situación y deseo que siga en este engaño. Da parte al señor Manuel en la buena obra de protegerla y...» No puede leerse lo que sigue.

Man. (Mirando la carta.) Como que se ha corrido la tinta porque alguna cosa ha mojado el papel.

Gen. ¡Pobre Luis! Hay que preparar habitación á Soledad.

Man. Mandaré arreglar la que ocupaba de soltera la señorita Julia.

Gen. Sí.

Man. Pues voy corriendo, porque como hace mucho que no entro por allí, puede que se hayan extraviado hasta los colchones. (Campanillazo.)

Gen. Mi hija Julia.

Man. Es su modo de llamar.

Gen. ¿Qué traerá por aquí?

Man. ¿Traer? Diga usted mejor ¿qué se llevará?

Gen. Hombre, por Dios.

Man. Conozco mucho el corazón humano de la señorita Julia. (Se va por la segunda derecha.)

ESCENA III

JULIA, GENERAL

Julia (Por la primera derecha.) Muy buenos, papá.

Gen. Hola, hija mía. (Preocupado esta escena y las siguientes con la carta hasta que llegue Soledad.)

Julia ¿Cómo estás?

Gen. Enfadado contigo. Me tienes olvidado.

Julia Papá, si no puedo moverme de casa con los niños. Ya sabes la guerra que dan, y que así que se quedan solos, diablura al canto. Ayer los dejé un momento para pasar la tarde con las de Bermúdez...

Gen. Y aprovecharon el momento... de la tarde.

Julia Ya lo creo. Manolín desempapeló medio gabinete; Pepita hizo un traje á su muñeca con una blusa mía, y Pepe, tu ahijadito, constipó al canario con un fuelle, y después lo sacó de la jaula sin abrir la puerta.

Gen. ¿Cómo?

Julia Con las pinzas.

Gen. ¡Qué diablo de chico!

Julia Te hace gracia, ¿verdad? Pues á mí no, y te

aseguro que no tendrá ocasión de repetir; ¡porque cualquier día los vuelvo á dejar solos!

Gen. Ya veo que te los traes.

Julia Tenía que comprar unas cosillas. A propósito; casi todas ellas son para tu ahijado, y como he salido de casa sin dinero, he dicho que te traigan la factura.

Gen. Bueno; pero siéntate que tenemos que hablar.

Julia Imposible. Estoy intranquila con los chicos y me marcho á escape. Tengo que ir á ver cómo sigue Luz, luego á la junta que celebra hoy «La adoración nocturna» y después á probarme un vestido. Si no es vida la que con los hijos llevo. ¡Ah! ¿Te han mandado el vino y el aceite de la hacienda? Porque en casa se han concluído.

Gen. Mañana te enviaré una y otra cosa.

Julia Está bien. Adiós, papá.

Gen. Pero, oye.

Julia No puedo detenerme. Mañana vendré más despacio. Adiós.

Gen. Anda con Dios, torbellino.

Julia (Al cruzarse con Paco que entra por la segunda derecha.) Perdona que no me detenga. Se han quedado solos los niños y estoy como sobre ascuas. ¡Ay, qué guerra dan los hijos! (Mutis por la segunda derecha.)

Paco (De teniente de húsares, con pelliza.) Los hijos como tú... y como yo.

ESCENA IV

GENERAL y PACO

Gen. Vamos, hombre; ya era hora de que te dejaras ver. ¡Tres días sin parecer por casa, ni á dormir!

Paco Sería mejor para ti que no viniera.

Gen. ¿Por qué?

Paco Porque anoche... fuí al círculo... y...

Gen. ¿Qué?

Paco Que me senté en una silla.

Gen. Eso nada tiene de particular.

Paco Es que... delante de la silla había una mesa, y en la mesa unas barajas...

Gen. ¡Ah! ¿Es decir que jugaste?

Paco Por no aburrirme.

Gen. Hijo, parece mentira que juegues, sabiendo lo que eso me disgusta. No hay cosa peor que jugar.

Paco Sí, papá; hay algo peor que jugar. Perder.

Gen. Vaya, hombre, vaya. ¿Y qué perdiste?

Paco Lo que llevaba... y lo que no llevaba.

Gen. ¿Pediste prestado? Eso sí que es peor, bastante peor.

Paco ¡Papá!...

Gen. ¡Deudas de juego! No debe uno ni siquiera exponerse á faltar á su palabra. De modo que si quieres complacerme, si algo soy para ti, no vuelvas á cometer esas calaveradillas.

Paco Te lo prometo; pero ¡qué harán los que no juegan!

Gen. Bien, bien, ¿y qué debes?

Paco Mil pesetas.

Gen. Bueno; pues no te disgustes por lo que te he dicho y págalas inmediatamente. (*Le da dinero de la cartera.*) No quiero que quedes mal.

Paco Papá... papá... ¡Eres un padre!

Gen. Y tú lo menos siete hijos.

Paco ¡Ah! Si yo tuviera uno como el tuyo, créeme, lo deslomaba.

Gen. Casi lo mereces; pero anda, vé á pagar, que eso no admite demora.

Paco Bien; pero... ¿Y lo mío?

Gen. ¿Lo tuyo?

Paco Sí; las trescientas pesetas que yo tenía. Antes de quedar á deber me limpiaron.

Gen. Está visto que eres incorregible; pero corriente; luego te las daré. Será el único modo de que vuelvas á casa hoy.

Paco Mira que no te conviene, papá; que luego voy á pedirte doble.

Gen. Vuelve, que tengo que darte una noticia.

Paco ¿Buena?

Gen. Desagradable.

Paco (Bueno es saberlo.) Adiós, papá.

Gen. Adiós, y no te juegues eso ahora.

Paco — Ahora, no; te lo prometo. No empieza la partida hasta la noche. (Mutis por la primera derecha.)

ESCENA V

MANUEL y GENERAL

Man. — (Por la segunda derecha.) ¿También nos ha *visitao* el señorito?

Gen. — También.

Man. — ¿Y es de *cuidao* la herida?

Gen. — ¿Cuál?

Man. — La del sablazo.

Gen. — Una pequeñez.

Man. — Pues aquí traigo yo un golpe, que me parece que se le va á enconar á usté. (Le da una carta.)

Gen. — De mi monjita.

Man. — Sí; en la letra lo he conocido; de la monjita. A esa le dan un río de chocolate claro y pide los bizcochos que hacen falta para dejarlo seco.

Gen. — Hoy no pide mucho. Aceite para la comunidad.

Man. — Sí que se ha *quedao* corta. Yo creí que pedía ahora una torre *pa* el convento y un campanario *pa* la torre. Porque es de cuidao cuando escribe.

Gen. — No me preocupa eso, sino la situación de mi pobre primo.

Man. — Calle usté, que no se me va del pensamiento. Porque yo le estimo de veras. Y á Sole más. Así es que estoy de un humor... (Con más frecuencia que en las anteriores escenas se ve caer la hoja de los árboles del jardín.)

Gen. — También á mí me ha puesto triste su carta. Y por eso, ó porque se me ha metido en el alma esta tarde gris de otoño, me parece más frío este caserón, más sola mi viudez, más amargo el abandono de mis hijos. (Cae más abundante la hoja.)

Man. — Es que se las traen *pa* los viejos estas tardecitas de fin de Octubre. (Mirando al jardín.)

Gen. ¡Cómo cae la hoja! Así caen en el pasado nuestros ideales, nuestras alegrías, nuestros amores.

Man. Y así se caen los dientes y el pelo.

Gen. Como esos árboles nos vamos quedando nosotros.

Man. Secos y tristes.

Gen. Pero ellos tienen más suerte; porque debajo de su corteza duerme la savia... la savia que estallará al beso del sol de Abril, adornando otra vez sus ramas con la verdura de las hojas y la alegría de las flores. ¡No hará con nosotros la primavera ese milagro!

Man. No, señor. Nosotros echamos flores solo una vez, y... ¡La *joventú* se va! ¡La *joventú* no vuelve!

Gen. Si volviera, olvidaríamos á Dios. ¿Qué mejor paraíso que renacer con la sabiduría de la experiencia á la vida y al amor?

Man. ¡Y sigue cayendo la hoja!

Gen. ¡Y sigue la tristeza de la vejez!

ESCENA VI

DICHOS y SOLEDAD

Sol. (Fuera, en el jardín.) ¡Padrino! ¡Señor Manuel!

Man. ¡Soledad!

Gen. Sí; ¿pero hoy?

Man. Traería retraso la carta.

Sol. ¡Señor Manuel! ¡Padrino! (Más cerca.)

Man. Es ella; es...

Gen. ¡La savia! ¡La savia que trae á estos troncos viejos las hojas de la juventud y las flores del cariño.

Sol. (Dejando el cabás y la sombrilla.) Padrino. (Por la primera derecha.)

Gen. ¡Soledad! (Estrechándole las manos.)

Sol. ¡Señor Manuel!

Man. ¡Chiquilla!

Gen. ¡Cuanto has crecido y qué bonita te has puesto!

Sol. Un poquitín.

Man. Una *desageración.*

Gen. (Entusiasmado por la mujer.) Si no me canso de verte. Deja que te mire á mi gusto. ¡Qué hermosa estás! Los ojos grandes y negros.

Man. Los pies como dos jilgueritos.

Gen. El talle arrogante.

Man. Y el busto con relieves donde se ha menester.

Gen. Eres una real moza.

Sol. Tengo ya casi veinte años, padrino.

Gen. ¡Veinte años! Si me coges á mí ahora con esos menos, te digo algo más.

Man. Y cualquiera. Con veinte años menos y veinte mil duros más, por esa carita hipoteco yo *pa* siempre la fe de soltería.

Sol. A usted no se le acaba nunca el buen humor.

Gen. ¿Y qué tal tu padre?

Sol. De salud muy bien.

Man. ¿Cómo ha *quedao* por allá ese mal hombre?

Sol. Preparando su viaje y muy contento, al pa recer.

Gen. ¿Cómo al parecer?

Sol. Ya no soy una niña. Porque no me disgustara, ha querido hacerme creer que su posición es desahogada como siempre; pero demasiado sé...

Gen. ¿Qué?

Sol. Que el mal estado de sus negocios le obliga á marchar al extranjero y á confiarme á la protección de ustedes.

Gen. ¿Y quién ha sido el imprudente...?

Sol. Se goza mucho dando malas noticias. Y sin que nadíe me lo dijera, lo habría yo sospechado; porque dime cuántas amistades pierdes y te diré lo que te arruinas. ¡Y son tantos los amigos que últimamente han dejado de serlo nuesttros!

Gen. Dí los malos amigos.

Sol. No; los amigos. Usted es más que eso.

Man. Y yo.

Sol. Por eso vengo á esta casa á dar por un poquitín de guerra.

Gen. A llenarla de alegría, á hacérnosla agradable. ¿Tú sabes cómo vivimos?

Man. Peor que los gitanos.

Gen. Solos, entre gentes que nos sirven por interés, aguantando las molestias que tiene toda

casa de solterón ó de viudo, y con deseo, con hambre de las delicadas atenciones que sólo sabe prodigar una mujer buena y hacendosa; este hotel, que tantos envidian, se nos hace insoportable.

Man. Una casa así no llama pa adentro; empuja *pa afuera.*

Sol. ¿Qué me dicen ustedes?

Gen. La verdad. De modo, que ya ves; sin quererte lo que se te quiere, aunque sólo fuera por egoismo, aquí debíamos recibirte con iluminaciones y colgaduras.

Man. Como que si yo sé á tiempo tu llegada, ó tengo una cuestión en la parroquia, ó hay aquí su mijita de palio.

Sol. (Al General.) Pero ¿y sus hijas?

Gen. ¿No lo sabes? Una casada y otra en el convento.

Man. Vivimos en poder de criados.

Sol. Entouces esto es una casa sin gobierno.

Man. Gobierno sí que hay, porque aquí, el que no roba se lleva algo. Lo que no hay es una mujer que arregle este campamento saqueado y nos quiera un poquito.

Sol. Pues esa mujer voy á ser yo.

Gen. Con plenos poderes.

Man. Y con pleno cariño.

Gen. Eso sobre todo.

Sol. Desde ahora mismo; tomo posesión de mi cargo. ¡Ama de casa! ¡Poquito tono me voy á dar! Y no crean ustedes que lo haré del todo mal. Ultimamente he tenido la gran maestra; ¡la necesidad! Pero no pensemos en cosas tristes, y á ello.

Gen. Ahora necesitas descansar.

Sol. Cá; si he dormido en el tren. Conque, ¿cuál es mi habitación?

Man. Voy á llevarte á ella.

Sol. Pues hasta ahora. Digo, no; así no. Como siempre, ¿verdad?

Gen. Sí, lo mismo que hace tres años.

Sol. (Saludando militarmente.) Pues, ¡á la orden, mi General!

Gen. Adiós, recluta. Y bien venida.

Sol. Gracias, padrino. Vamos.

(Mutis Manuel y ella por la segunda derecha.)

ESCENA VII

El GENERAL

¡Qué hermosa! ¡Qué hermosa y qué impresión me ha producido esa niña. ¡Niña! No; nadie se engaña á sí propio. Al verla, yo no he sentido la niña, he sentido la mujer; porque, aunque parezca mentira á muchos superficiales, nunca envejece el corazón. Sería demasiado triste la vejez, si cuando el cuerpo pierde la juventud, el alma se resignara á morir para el amor.

ESCENA VIII

GENERAL y JULIA

Julia (Por la primera derecha.) Aquí estoy otra vez.

Gen. ¡Qué raro! ¿A qué debo la nueva visita?

Julia Justo castigo á mi mala memoria. Tienes unas colchas de damasco, ¿verdad?

Gen. Creo que sí.

Julia Pues las necesito.

Gen. Llévatelas.

Julia Que me las lleve un criado; ahora no voy á casa. Antes se me olvidó y á eso venía más que á nada.

Gen. Gracias por el desinterés de tu visita.

Julia ¡Qué niño eres! Hoy llegan unos parientes de mi marido, y como mi casa es un hundimiento con los nenes, las que yo tenía están imposibles. Son gente acostumbrada al lujo y no voy á ponerles las camas como en un mesón.

Gen. ¡Ah! ¿tienes huéspedes?

Julia Por unos días.

Gen. También yo.

Julia ¿Tú?... ¿Quién ha venido?

Gen. Soledad.

Julia ¿Tu ahijada? ¿Cómo no me lo has dicho antes?

Gen. No me dejaste.

Julia ¿Y por mucho tiempo?

Gen. Creo que sí. Mientras mi pobre primo rehace en América su fortuna.

Julia ¿Qué me cuentas? ¿Arruinado don Luis? ¿Un hombre tan rico?

Gen. Desgraciadamente.

Julia Lo siento por él y por su hija. ¡Pobre muchacha! Será ya una mocita.

Gen. ¿Mocita? Una mujer arrogante, hermosa, lindísima. (Muy entusiasmado.)

Julia (Recelosa.) ¡Papá, cómo dices eso!

Gen. Es que tú no sabes; parece que con ella ha entrado aquí una corriente de aire sano, un chorro de alegría, una oleada de cariño.

Julia ¿Sabes que me pones en cuidado?

Gen. ¿Por qué?

Julia Dicen que un viudo á los cuarenta resiste, á los cincuenta aguanta y á los sesenta cae.

Gen. ¿Y qué quieres decir?

Julia Nada. Pero como tú te aproximas á esa edad y tu huéspeda, además de bonita, tiene, para un hombre como tú, el atractivo de ser desgraciada, á ver si á última hora cometes una tontería.

Gen. Te advierto que... (Algo confuso.)

Julia Te advierto yo antes, que si un día nos insultaras con tal determinación, como si no tuvieras hijos; porque ninguno, ¿oyes? ninguno consentiríamos que otra mujer ocupara el puesto de mamá.

Gen. (Confuso.) ¿Tú crees... que un hombre á mis años... se enamora como un colegial?

Julia Hay mujeres fulminantes.

Gen. Y locas sin seso para discurrir, porque todo lo emplean en maliciar.

Julia Bien, bien. Acaso yo me ponga en guardia demasiado pronto; pero mira, papaíto, que con menos liga que á un verderón se caza á un viejo; mira que estás casi en la segunda infancia, y que si en la primera son disculpables algunas travesurillas, en la que te encuentras son ridículas ciertas chocheces.

Gen. Hablas sin fundamento.

Julia Y tú con tal entusiasmo de tu ahijada, que el menos malicioso sospecharía.

ESCENA IX

DICHOS Y PACO

Paco No dirás que he tardado. (Por la segunda derecha.)

Julia Oye, Paquito.

Paco (A Julia.) Permíteme un momento. (Al General.) Mi General; acabo de quedar como un hombre; quede usted como un padre y... vengan las trescientas del ala.

Gen. Déjame ahora.

Paco ¿Que te deje? Tendría gracia que á un hombre que viene de hacer honor á su palabra de caballero, no le cumplieras tú la tuya.

Gen. Nunca falté á ella.

Paco Pues cúmplela prontito que el tiempo es oro cuando se va á recibir dinero.

Gen. ¡Qué pesado te pones! Toma. (Le da dinero.)

Paco Está bien. ¿Necesitas recibo?

Gen. Lo que quiero es que tengas formalidad.

Paco ¿Formalidad con tan poco? Imposible. Nadie toma en serio á un hombre *de* trescientas pesetas. ¿Qué decías tú? (A Julia.)

Julia ¿No sabes la noticia?

Paco ¿Cuál?

Julia ¡La gran noticia! Papá tiene en casa una mujer.

Paco ¿Joven?

Julia Joven y arrogante y hermosa y lindísima. (Irónica,)

Paco (Entusiasmado.) ¿De veras, papá?

Gen. Sí, hijo.

Paco ¿Y te estás así? ¿Qué haces, hombre, qué haces que no me la has presentado ya? Anda, preséntamela en seguida. (Quitándose la pelliza, atusándose el bigote y estirándose la chaquetilla.)

Gen. Ahora mismo.

Paco Sin detenerte, que el tiempo es más que oro para eso. ¿Con que tan bonita es?

Julia (Irónica.) Una preciosidad, un encanto. Ya ves, con ella ha entrado aquí «una corriente de aire sano, un chorro de alegría, una oleada de cariño».

Paco ¡Natural! Como que eso, eso es lo que hacía falta en esta casa; una mujer, ó dos, ó muchas. Has hecho bien, papá; pero que muy bien. Choca.

Gen. ¡Qué loco eres?

Julia ¿De modo que te complace la noticia?

Paco Mucho.

Julia Lo creo, porque estás siempre en el limbo, y con tal de divertirte no te ocupas de nada serio.

Paco Oye, oye. ¿Hay algo más serío, ni más trascendental que divertirse? El día que en el mundo todos se diviertan, á pedir limosna los caseros del paraíso. ¡Divertirse! ¡Apenas tiene miga eso! Ahí, ahí está la moral y no donde hasta ahora la han buscado; porque nadie, absolutamente nadie, será malo, cuando se establezcan la diversión gratuita y la alegría obligatoria.

Julia ¿Pero tú no recelas que una mujer joven en esta casa puede ser un peligro para papá?

Gen. ¡Julia!

Paco No sabes lo que dices.

Julia La predisposición á la chifladura aumenta con los años.

Paco Porque el buen gusto se afina como el vino al añejarse. (El General asiente y aplaude con el gesto.)

Julia Pero la edad de papá...

Paco ¿Qué edad ni qué ocho cuartos? Su edad precisamente le disculparía. El sol se toma más á gusto en el invierno. (Repite el General sus señales de aprobacion.)

Julia No digas tonterías ó tenemos un disgusto.

Paco ¿Disgustos yo? Aunque te empeñes; ya me conoces. La vida es dulce, muy dulce, y yo no le pongo vinagre. En cambio tú, y muchos infelices, parece que os complacéis en amargarla viéndolo todo por el lado desapradable. Hoy, por lo más insignificante, se desconfía, se duda, se sufre. ¡Y resulta tan fácil, tan facilísimo, hacerse uno un buen carácter y ser feliz, que muchas veces pienso en que no andan bien de la cabeza los que se disgustan, ¡Y me dan una lástima! Sobre todo las pobrecillas mujeres, que

pierden muchas veces tontamente la joya que mejor debían conservar, su hermosura, porque no saben que las pesadumbres, lo mismo que agrían el carácter afean la cara. Lo bonito y lo alegre se dan la mano.

Julia A veces no.

Paco Siempre. Nada ríe más que un niño: y á ver si hay algo más hermoso que un niño. Y ahí tienes á las feas con gracia. ¿Qué crees tú que son las feas con gracia? Mujeres con un poco de buen humor. Desengáñate, cuando de un lugar sale armonía, dentro de él seguramente hay música. De modo, que deja de ser uno de esos infelices que no saben vivir y aprende de tu hermano á sacar alegría de lo alegre y de lo triste, como la abeja saca su miel de las clavellinas y de los espinos.

Julia Todo eso es música. Yo me atengo al refrán que dice: «Piensa mal y acertarás.»

Paco Eso sólo ha podido ocurrírsele á un enfermo del hígado. No se labran los cálices para llenarlos de tinta.

Julia Pero toda sospecha tiene su fundamento.

Gen. ¡Qué fundamento! Cuando sepas de quién se trata, te convencerás de lo contrario.

Paco Pero, ¿conozco yo á tu huéspeda? Digo, á nuestra huéspeda, Porque, aunque como transeunte, avecindado estoy en esta casa.

Gen. Es Soledad Ampuero.

Paco ¿Tú ahijada? Hace más de tres años que no la veo; pero ya entonces prometía, prometía.

Gen. Pues lo ha cumplido.

Paco ¿Es aquella? (Mirando por la galería al jardín.)

Gen. Sí. Va con el señor Manuel hacia el invernadero.

Paco ¡María Santísima; qué suerte tienes, papá, qué suerte!

Gen. ¿Verdad que es arrogante?

Paco Soberbia, chico, soberbia. ¡Vaya una mujer hermosa de verdad.

Julia (A Paco.) Sí, es hermosa, muy hermosa. (Al General lentamente y con ironía.) ¡Demasiado hermosa!

TELON



ACTO SEGUNDO

Jardín. A la izquierda, escalinata de acceso al hotel. Un banco á la izquierda. Algunas macetas. En una de éstas, tres cañas sosteniendo los tallos.

ESCENA X

PACO, ENRIQUE

Paco Chico, perdona que te reciba aquí.

Enr. Es igual. (De uuniforme como Paco.)

Paco Te esperaba y he salido á tu encuentro, porque si papá te ve en casa á estas horas, podía sospechar y...

Enr. Comprendido.

Paco ¿No viene Sepúlveda?

Enr. Le toca de guardia, pero como la cosa es para hoy, ha ido á cambiar con Bermúdez.

Paco De modo que todo ultimado.

Enr. Sí. A las once, ahí cerca, en la quinta de Ruipérez.

Paco ¿Qué habéis convenido?

Enr. Una friolera. Tres disparos á quince pasos, apuntando, y si uno no queda fuera de combate, terminar á espada.

Paco Muy bien. ¿Y no se les ha ocurrido el arsénico, por si acaso?

Enr. Tuvimos que aceptar forzosamente tan duras condiciones.

Paco No supondrás que os recrimino. Ese encargo os dí.

Enr. Tu contrario lleva un uniforme y le abofeteaste.

Paco Porque lo merecía. Ni á González, ni á ningún gracioso de los que por *hacer de reir*, son capaces de colocar un chiste á costa de su padre, le tolero yo que ponga en solfa al mío.

Enr. Ni nadie lo toleraría.

Paco Que papá tenga ó no tenga sus debilidades y que su ahijada sea más ó menos bonita, no da derecho para hacer chistes de mal gusto.

Enr. Los graciosos creen tenerlo.

Paco Di los mal educados. La grosería nunca es gracia; ¿pero, qué quieres? tan de moda están los alardes de ingenio, que á la fuerza hay que llevarlos, y quien no tiene un brillante, se luce horterilmente con un benicia. De modo que á las diez y media vendréis por mí.

Enr. Claro.

Paco Para que papá no huela nada, llegáis con el auto a la verja. Yo estaré al cuidado, dais un bocinazo y saldré. No hay más que hablar.

Enr. Sí; que no te descuides; la ofensa fué grave y González tirará á dar.

Paco Se hará lo posible por resultar ileso. Precisamente tengo que salir hoy para Barcelona.

Enr. ¿Vas detrás de esa?

Paco Detrás de ella y con dinero. Figúrate si procuraré que González no me rompa algo.

Enr. Eres envidiable Todo lo echas á broma.

Paco Es el gran sistema. La vida es una comedia alegre que algunos quieren convertir en drama; pero toma el drama en chunga y... ¡ríete del sainete más divertido! Conque adiós, Enrique.

Enr. Hasta luego. (Mutis Enrique por la derecha y Paca por la escalinata.)

ESCENA XI

SOLEDAD, GENERAL y MANUEL

Gen. (Por la derecha.) ¿Rosas? Ahí van rosas.

Man. ¿Claveles? Ahí van claveles. (Dando los dos flores á Soledad.)

Gen. Y vayan jazmines.

Man. Y vayan varitas de nardo.

Sol. ¡Por Dios! Basta. Tenga compasión de los tiestos. Van á dejar el jardín sin flores.

Man. Aunque las cortemos todas, quedando aquí esa cara, quedan flores.

Sol. Las que usted echa.

Man. Yo las echo, porque al paso tuyo las echan hasta los tronquitos secos.

Sol. ¡Mentiroso! (Dándole un cachetito.)

Man. ¿Ha sido con un *puñao* de jazmines?

Sol. Ha sido con la mano, y voy á repetir por adulador.

Man. Repite, repite. Pero en el otro carrillo, porque no quedará uno muy bien, si sólo por un *lao* le quitas de gusto las arrugas de la vejez.

Sol. Este hombre no tiene compostura. regáñele usted, padrino, regáñele usted.

Gen. Si yo no te digo más que el por qué todo me parece poco.

Sol. ¡Ah! ¿Usted también? Pues ya escampa.

Gen. De algun modo hay que pagar la buena obra que haces con nosotros.

Sol. ¡Yo!

Gen. Tú has traído á esta casa la comodidad del orden.

Man. Y la satisfacción del bienestar.

Gen. Y el calor del cariño.

Man. Y la alegría de la limpieza.

Sol. ¡María Santísima, qué exagerados!

Gen. ¿Quién ha convertido esta casa, antes insufrible, en un rincón de la gloria?

Man. ¿Y quién sabía en ella, antes de venir tú, el color del mobiliario, que tenía polvo del tiempo de Amadeo?

Gen. De modo que hay que resignarse, niña, y ahí van flores.

Man. Y ahí van jazmines.

Gen. Y vayan claveles.

Man. Y vayan varitas de nardos.

Sol. Bueno, basta ya, niños, ó me enfado y me pongo seria, así; muy seria, y los dos sin postre.

Man.
Gen. } (A un tiempo.) A que no, á que no, á que no.

Sol. A que sí, á que sí, á que sí.

Gen. No faltaba más. Hoy es mi santo.

Man. ¡Digo! Y que no habrá hecho la niña *feligranas*.

Sol. Lo que se ha podido.

Gen. Entonces para mí hay pastel de ave.

Man. Y *pa* mí de eso blandito, que es el único alimento que yo puedo masticar.

Sol. ¿Qué?

Man. Natillas.

Sol. Y con bizcochos.

Man. ¿Y con suspiros de monja?

Sol. Con todos los de una comunidad afligida.

Man. ¡Dios mío. cómo me voy á poner!... y vaya, que yo arraso hoy el jardín. (Ademán de cortar flores en los tiestos.)

Gen. Y yo.

Sol. No, no corten ustedes más. Hay ya de sobra para adornar la mesa.

Man. ¡Qué zafios somos los hombres! Ni al General ni á mí se nos había ocurrido nunca que las flores alegran la comida.

Sol. No es extraño. El buen gusto en el arreglo de la casa, es propio de mujeres.

Man. De mujeres de provecho como tú.

Gen. Vale mucho esta joyita.

Man. Vaya. Si lo supieran algunos mocitos, tendríamos que fortificar el hotel pa que no nos la robaran.

Gen. ¿Robárnosla? (¡Robármela!) Trabajillo les costaría.

Sol. No hay cuidado.

Man. ¿Que no? ¿Tú qué sabes?

Sol. Se aprende mucho en la escuela de la adversidad, señor Manuel. Cuando papá era rico, muchos de esos que usted dice, mosco-

neaban á mi alrededor; pero vino la ruina y... como si me hubiera dado la viruela. La juventud de hoy no vive de ilusiones. Es muy práctica.

Gen. Demasiado práctica.

Man. Pues estais arregladas las mocitas. Los muchachos sin ilusiones, y los viejos...

Gen. ¡Sin juventud!... Debía uno ser joven siempre... ¡siempre!

Sol. ¡Pero en qué tonterías gastamos el tiempo! A mí todo eso me tiene sin cuidado, porque con mis dos viejos soy casi feliz.

Gen. ¿Cómo casi?

Sol. ¿Y el otro... el otro viejo, papá? (Triste.)

Gen. Tenemos muy buenas noticias de él. Sus negocios prosperan.

Man. Y volverá pronto, tan rico como antes.

Sol. Dios lo quiera.

Donc. (En la escalinata.) Señor, esperan á usted los ayudantes. (Se va.)

Gen. Voy. ¡Qué oportunos! Ahora que estábamos tan á gusto.

Man. Lárguélos usté en seguida.

Gen. No tardaré. Hasta ahora, Solita.

Sol. Hasta ahora, padrino.

Gen. Ahí te quedas, carcamal.

Man. Adiós... ¡pollo!

Gen. Más que tú. ¿Verdad que aquí, aunque el pelo blanquea, se ve marcialidad?

Sol. Mucha. Hay primaveras con nieve.

Gen. ¿Oyes? Chúpate esa y vuelve por otra.

Man. Pero si á mí no me ha llamado primavera.

Gen. Quita de ahí... ¡vejestorio! (Mutis, contoneándose, por la escalinata.)

ESCENA XII

MANUEL y SOLEDAD

Man. Vamos, ¿te parece lo que me ha dicho? ¡Vejestorio!

Sol. Déjelo usted. La calumnia, porque eso es una calumnia, debe despreciarse.

Man. Sí que tiene uno ya cincuenta y un pico... un pico...

Sol. Mayor que el de Tenerife.

Man. Pero él que no se ponga moños, porque me lleva... me lleva... (Contando por los dedos.) del 54 al 53... al 52... ¡lo menos once días!

Sol. ¡Qué atrocidad! ¿Cómo se atreve ese hombre á tirar piedras al tejado ajeno?

Man. Te digo que si no fuera porque hemos hecho toda la carrera juntos...

Sol. ¿Toda?

Man. Cuando él salió oficial, salí yo... asistente.

Sol. ¿En la misma promoción?

Man. En la misma. Ascendió él á capitán, y después á comandante, y luego á coronel, y por fin á general; y al mismo tiempo y en las mismas fechas, ascendí yo á compañero de capitán, á amigo de comandante, á inseparable de coronel, hasta que por último agarré el fajín de administrador de esta casa. Su vida militar y mi vida militar han sido...

Sol. Paralelas.

Man. Eso; paralelas que se juntan.

Sol. ¿De modo que han vivido ustedes como padre é hijo?

Man. Justo; pero haciendo él de padre.

Sol. Se comprende. La diferencia de edad... No son once días un grano de anís.

Man. Los peligros y fatigas de tres campañas nos unieron y... ¡siempre unidos! En la alegría, en la pena, en los trances duros de la guerra, en tóo. Con decirte que cuando él te sacó de pila, yo también eché una manita.

Sol. Es muy bueno mi padrino.

Man. Mejor que la salú. Tóo lo disculpa, tóo lo perdona, por cualquiera se sacrifica...

Sol. Bien lo sé.

Man. Un hombre así, más que militar, ha debido ser confitero.

Sol. Nunca olvidaré lo que ha hecho por papá.

Man. ¿Tú sabes?

Sol. Todo. Que ha pagado á nuestros últimos acreedores, sin decirme una palabra.

Man. Y ha hecho muy bien; porque es lo que él dice: lo bueno se hace, pero se calla; porque si se echa por la boca, es *pa* el corazón lo que *pa* el estómago la comida que se de-

vuelve. Entre don Luis y él nunca hubo pan partido; tú se lo pagas alegrándole la vida, conque á ver si no emplea bien su dinero quien lo cambia por amistad y cariño. Porque tú nos quieres.

Sol. Porque los quiero ¡tengo un disgusto!...

Man. ¿Tú? ¡Por vida del... Ya estás dándome en seguida la parte que me toca, sin quitarme nada de lo mío.

Sol. Julia hace mucho tiempo que no viene á esta casa, y á Paco casi le vemos. ¿Tendré yo la culpa?

Man. ¿Tú? No digas eso.

Sol. No lo diré, pero ¿por qué no vienen?

Man. Porque el marido de la señorita Julia heredó; el señorito Paco dió un buen golpe en el Casino, y como aquí no vienen más que á pedir....

Sol. ¿Es verdad eso?

Man. (Con seriedad cómica.) Palabra de asistente de general.

Sol. ¡Qué peso me quita usted y cuánto se lo agradezco!

Man. Págamelo cargando un poquito la mano en la canela de las natillas.

Sol. Dicho y hecho. (Medio mutis.)

Man. Oye. Déjalas blanditas, muy blanditas.

Sol. Sí, á propósito para... para viejos. (Mutis por la escalinata.)

Man. ¿También tú? Pues señor, va á ser cosa de sacar la partida de bautismo. Ni que hubiera ido uno á la escuela con Viriato.

ESCENA XIII

MANUEL y PACO

Paco Felices, señor Manuel.

Man. Hola, señorito Paco. ¿Qué tal?

Paco Ahora bien.

Man. Ya sé, ya sé que se ha *cargao* en el Casino.

Paco Lo mejor es que sigue la racha. Anoche en el bacarrat di tres pases á un Veragua.

Man. ¿Y que va usté á hacer con tanto dinero?

Paco Divertirme una temporadilla.

Man. Si antes no vuelve usted á torear y ¡al hule!

Paco No hay cuidado. ¿Y papá, con su... ahijada? (Malicioso.)

Man. Sí, señor.

Paco Hace bien. No, no tiene mal gusto.

Man. ¡Pero señorito! ¿Se figura usté que todas las mujeres son camareras, *chanteuses* (Como está escrito.) ó de esas... que salen sin paraguas á la calle cuando llueve? Soledad en esta casa no es más que la alegria y el cuido de dos viejos; y los años del general...

Paco La madera seca arde mejor, señor Manuel. (Bromeando.)

Man. ¡Señorito Paco!

Paco Quita tonto. Todos sentimos igual ante una mujer. En la milicia del amor todos cumplimos muy á gusto la ley del servicio obligatorio.

Man. En la *joventú*, sí; pero los años primero dejan á uno en situación de reserva, y después... después ¡la absoluta!

Paco Lo que sucede es que los jóvenes se ufanan de sus conquistas como el chiquillo de sus zapatos nuevos, y los hombres de tu edad, con mucha experiencia para apreciarlas más y con menos probalidades de vida, para temer no disfrutarlas tanto, las ocultais igual que el avaro el oro. Sé yo mucho de esta asignatura.

Man. ¡Un porción!

Paco No lo digas así, que á los diez años tiré mi primer pellizco.

Man. ¿Quiere usted que hablemos de otra cosa?

Paco Si te molesta, con mucho gusto; pero te repito que en este particular soy como los confesores agradables para las señoras, ancho de manga. ¡Pobrecitos viejos! El amor es la salsa de la vida, y cuando ellos viven, derecho tienen á la vida. Y á la salsa. No piensan así mis hermanitas.

Man. ¿También ellas?

Paco ¡Digo! La monja cree que papá anda tan deprisa por la senda de su condenación, que ya huele á azufre; y Julia sueña con bodas disparatadas, con herencias que peligran, con...

Man. De modo que dejan ustedes á su padre solo; que se llevan el calor de familia, que le hace más falta que el comer; que alguien de fuera viene á traérselo, y... ¡vaya! que son ustedes los hijos de la condición del perro del hortelano.

(Suena una bocina fuera.)

Paco ¡Ah! ¿Pero lo tomas en drama? Que te alivies.

Man. ¿Se marcha usté?

Paco Tengo compromiso de almorzar con unos amigos en la Bombilla.

Man. ¿No almuerza usté con nosotros hoy, cumpleaños de su padre?

Paco No, porque mira. ¿Qué ves en aquel auto que ha parado junto á la verja?

Man. Dos oficiales y un paisano muy serio. Me parece que de boda no van ustedes.

Paco Vamos á celebrar cosa mejor. Un divorcio. El paisano se ha separado de su mujer. Me han concedido veinte minutos para felicitar á papá, han pasado y... dale los días en mi nombre. (Se va por la derecha.)

Man. ¡Pero señorito! Pues señor, esto de los hijos de familia se está poniendo *intransitable.*

ESCENA XIV

MANUEL y CHAUFFER

Chauf. Guten zag, mein herr.

Man. ¿Qué quieres?

Chauf. Es ift ein fchoner aben. (1)

Man. Habla claro que no estoy pa gárgaras.

Chauf. ¿Nein haplo pien español?

Man. Sí; lo gruñes.

Chauf. Desir yo que haser puen tiempo.

Man. Regular.

Chauf. ¿Brebaro l'otomóvil?

Man. Pa después del almuerzo.

Chauf. Mocho pien. ¿Y baso?

Man. ¿Baso? Ni una gota. El mejor día por tu

(1) La tarde está muy hermosa.

maldita afición al soplen salimos en auto y nos traen en una salvadera.

Chauf. Nein. Bregunto donde baso, camino.

Man. ¡Ah! Por la Moncloa.

Chauf. Mocho pien. Bon herzen gern, mein herr. (Se va.)

Man. Anda con Dios, *párparo.*

ESCENA XV

MANUEL y JULIA

Julia (Por la derecha.) ¡Chist!... ¡chist!

Man. ¡Señorita!

Julia Entro aquí porque pasaba, te he visto solo y quiero darte un recadito para papá, ya que á él no puedo hablarle á solas.

Man. Nadie se lo impide á usté. Suba, que arriba está.

Julia ¿Yo, ahí? ¿Subir yo donde está esa... prójima?

Man. ¡Señorita!

Julia Prójima, sí. ¿Crees que no sé que papá ha pagado deudas del suyo, que ella es aquí ama y señora y que os ha sorbido el seso?

Man. Hable usté bajo que la pueden oir.

Julia Eso quiero, que me oigan.

Man. Poco favor hace á uno que le oigan insultar.

Julia ¿Aún te atreves á defenderla?

Man. A defender lo bueno cualquiera se atreve.

Julia Pero ¿tú sabes lo que por ahí se dice, lo que se murmura?

Man. No sé nada. Sospecho, sí, que con algunas lenguas se debía hacer *confeti.*

Julia Bien, no voy á discutir contigo. (Aparece el General en la escalinata y oculto por las macetas oye sin que le vean.) Dí á papá que su conducta es la de un mal padre; que todo el mundo se la censura, que mi marido y mi hermana están escandalizados, que no vengo á verle más y que me estaré en mi casa con mis hijos, para que él se quede ancho en la suya con los hijos de otro. (Se va.) Adiós.

Man. ¡Señor!... ¡Señor! ¡Ha nacido uno *probe;* ha *pasao* el sarampión, la viruela y... el servicio militar; no ha tenido nunca alegrías grandes, y tiene una vejez de pronóstico *reservao;* pero gracias, Señor, muchas gracias; siquiera uno no ha tenido hijos. (¡María Santísima, el General!) ¿Ha *escuchao* usté?

ESCENA XVI

MANUEL y el GENERAL

Gen. Todo.

Man. ¿Tóo? Bien... pero ya sabe usté... que la señorita cuando habla... es un cacharro roto y no habla: se sale. De modo que no hay que hacerle caso.

Gen. ¿Y su instinto de hija no le engaña?

Man. ¿Qué quiere usté decir?

Gen. A veces lo más increíble es lo más cierto. También entre las ruinas nacen flores.

Man. Pero, ¿usté?

Gen. Más bajo. Pueden oirte y...

Man. ¡Ay, pobre General! ¡Pobrecillo! ¿Olvida usté que tiene el pelo blanco, que ella es casi una chiquilla, y que

El pan *pa* el que llega á viejo
en sopitas bien calientes,
y la corteza que es dura
pa quien tiene buenos dientes?

Gen. Quien quiere no puede no querer.

Man. Pero venga usté aquí, hombre de Dios, venga usté aquí y *razociniemos*. Si á los veinte abriles de usted le pide cariño una señora de los años de la Puerta del Sol, con más arrugas que un cortinaje y menos dientes que una boca de riego, ¿qué hace usté? ¿qué hace usté con una mujer así? Un puño *pa* un bastón. Pues aplíquese el cuento y no dé motivo *pa* que lo pongan en una cañita de bambú.

Gen. No es eso, no me entiendes. Pero aunque así fuera. Hoy que tanto se habla de dar á cada uno lo suyo, de vivir la vida, ¿no tene-

mos, lo mismo que derecho todos al pan, todos derecho al amor?

Man. *Naide* lo niega.

Gen. Entonces los viejos...

Man. ¿Y las viejas, las facturamos en doble pequeña *pa* el otro mundo? Sería muy bonito, pa la gente de nuestra *edá,* eso que usté pretende; pero cada tiempo trae lo suyo; mayo las flores, enero la nieve, y los muchos años, la tristeza de pensar que ya *pa* uno se remató lo bueno.

Gen. Es mucha tristeza esa tristeza.

Man. Sólo los que la pasamos la sabemos. ¡Da una rabia cuando las jóvenes no le hacen á uno caso, y los mocitos le miran por encima del hombro, como diciéndole: «Quite usté de ahí, so carcamal, que un grillo cojo, viejo y con reúma, no puede cazar mariposas!»

Gen. A tí eso te preocupa poco.

Man. Todavía, todavía paso lo mío cuando veo un cuerpo airoso que taconea menudo y mira *entornao* y me tengo que decir: Manuel... Manuel, (Se pasa el revés de la mano por la nariz.) ¡que estás de huevo!

Gen. ¡Qué malo es ser viejo!

Man. Peor que ser pobre.

Gen. Al pobre alguna vez se le compadece; al viejo enamorado siempre se le ridiculiza. Si todos fuéramos viejos, nos juzgaríamos con menos crueldad.

Man. Ande usté, que esos presumidos que hoy con tan poca caridad nos toman el bisoñé, ya llegarán á nuestra *edá* y pasarán lo que nosotros.

Gen. No haciendo lo que yo seguramente, que escondo este cariño, sin que Soledad lo conozca, donde los viejos guardamos las memorias dulces, las esperanzas imposibles.

Man. ¿Pa... disfrutarlo solito?

Gen. ¿Qué remedio me queda si no estoy loco?

Man. Mire que eso del amor es como un vaivén. Va de uno tanto cariño como viene á uno: al pelo; viene más que va: más al pelo todavía; pero va más que viene y reclama como un heredero *perjudicao*.

Gen. Te digo que ella nunca sabrá lo que siento.

Man. Aunque usté no quiera. El agua del manantial ó sale y corre, ó revienta el suelo como una granáa; del mismo modo el querer tiene que salir á la cara y por los ojos y por la boca; que si se empeña uno en encerrarlo en el pecho, el corazón... ¡como un polvorín! No, si yo fuera mujer, no me fiaría de los manantiales secos, de los hombres *reservaos.*

Gen. Yo tendré fortaleza para serlo.

Man. Reflexione usté, que sus hijas ya miran con malos ojos á Soledad, y como ella se entere de esto, se nos va.

Gen. ¿Irse? ¿Ella? Nunca. Por los hijos se debe hacer todo. Pero eso, no. ¡No verla! ¿Te parece que les he sacrificado poco? Viudo á los cuarenta, en la plenitud del vigor y de la vida, por cariño á ellos y por culto á una muerta, evité ocasiones, domé apetitos, amansé deseos, y quien así luchó contra la naturaleza, digno es de disfrutar esto, (Se acerca Soledad cantando.) que hace brotar una flora pintoresca de ilusiones en el triste arenal de mi vejez.

Man. Ella.

Gen. ¡Silencio!

ESCENA XVII

DICHOS, SOLEDAD y DONCELLA

Sol. ¡Mi General! (Cuadrándose.)

Gen. Baja la manita. ¿Qué hay?

Sol. Acabo de tocar á rancho.

Gen. Pues, ¡á la mesa! (Yendo hacia la escalinata.)

Man. ¡A la mesa! (Idem.)

Sol. Pero, ¿qué es esto? ¿Qué creen ustedes que es la milicia? ¿Así se va á la mesa? A ver. (Dándoles dos cañas de un tiesto.) ¡Batallón! ¡firmes! Ese pecho más fuera. (Al General.) Tú, (A Manuel.) zopenco, ese pie. ¡Alinear! Eso es. ¡Batallón! ¡tercien! ¡arm! Izquierda; ¡izquier! ¡De frente! ¡Mar!

Gen., **Man.** Un dos, un dos; un dos, un dos.

Donc. (En la escalinata.) ¡Señor! (Conteniendo la risa.)

Gen. (Sin oirla.) Un, dos; un dos.
Man. Mi General. (Llamándole la atención.)
Gen. (Sin oirle.) Un dos, un dos.
Man. Por Cristo clavao. (Dándole en un hombro.)
Gen. ¿Qué? (A Manuel.)
Man. Que se va á reir de usté la chica.
Gen. ¡Ah! (Viéndola.) ¿Qué quieres tú?
Donc. Señor, espera otra visita.
Gen. ¿Se han propuesto no dejarnos comer? Di que no estoy.
Donc. Es don Enrique, el amigo del señorito. Dice que necesita hablar inmediatamente con usted.
Gen. Que vuelva luego.
Donc. Me ha encargado mucho, con demasiada insistencia, que salga el señor en seguida.
Man. ¿Que salga? Ni que jugara un décimo y fuera usté su número.
Gen. ¿Qué querrá?
Sol. Vaya usté á verlo y saldrá de dudas.
Gen. Procuraré no tardar. (Mutis por la escalinata.)

ESCENA XVIII

SOLEDAD, MANUEL y JULIA

Man. Me choca la venida de don Enrique. Si hace muy poco que se marchó en un auto con el señorito.
Sol. ¿No está en casa el hijo del General?
Man. Se fué con unos amigos.
Julia (Agitada; por la derecha.) ¿Dónde... dónde está?
Sol. ¡Julia! (Cariñosa; yendo hacia ella.)
Julia Quita. (Rechazándola.)
Sol. ¿Qué es esto? ¿Me rechazas?
Julia Déjame en paz.
Man. (Esta, antes de la sopa, nos da hoy el postre.)
Sol. Es incomprensible. Yo no merezco que me trates así. Tengo la seguridad de que no he dado motivo para ello, y cuando me digas...
Julia Nada tengo que decirte.
Man. (¡Ojalá! Pero mujer y con lengua, sería mucho milagro.)
Sol. Te ruego que me expliques...

Julia — No puedo perder el tiempo en tonterías. ¿Dónde, dónde está mi hermano?

Man. — Salió hace un buen rato.

Julia — Entonces llego tarde, ¡tarde para impedirlo!

Man. — ¿Impedir qué?

Julia — Su duelo. Acabo de enterarme por la mujer de Sepúlveda.

Man. — Pero, ¿ha ido á batirse?

Julia — Sí.

Sol. — ¡Dios mío! Hay que evitarlo. De tu injusto proceder conmigo, tiempo habrá de hablar. Ahora veamos á mi padrino, es amigo del Gobernador y acaso la policía llegue á tiempo. Sería horrible que por descuidarnos ocurriera una desgracia.

Julia — ¿Ya te remuerde la conciencia?

Sol. — ¿A mí? ¿Qué dices? ¿Remorderme la conciencia á mí? ¿De qué?

Julia — Basta ya de comedias. Demasiado sabes quién tiene la culpa de ese duelo.

Sol. — ¿Yo?...

Julia — Sí; la tienes tú.

Man. — (Ya está aquí el postre.)

Sol. — ¿Que yo tengo la culpa...?

Man. — Eso es mentira.

Julia — Eso es verdad.

Sol. — No, no lo es. ¡Te lo juro! ¡Madre mía!... Yo debo soñar, pero no, no sueño, y, ó tú estás loca, ó quieres que yo lo esté. Habla pronto y habla claro.

Julia — ¿Más aún?

Sol. — Sí; en tus palabras, en tu actitud, adivino algo muy horrible. Habla. Lo exijo; ¿oyes? ahora lo exijo.

Julia — A mucho te atreves.

Sol. — Da mucho atrevimiento la razón. Habla.

Julia — Pues hablo.

Man. — (Señor: ponle de repente la lengua como una *bizcocháa.*)

Julia — Eres joven, eres mujer, vives con hombres que no son ni tu padre, ni tu hermano...

Sol. — Sigue.

Julia — Con eso le sobra al mundo para morder una honra; y porque han mordido públicamente la tuya, se bate mi hermano.

Sol. — ¡Jesús!

Man. (A esta le falto yo, vaya si le falto.)

Julia ¿Comprendes?... ¿Comprendes ahora?

Sol. Sí, me doy cuenta de todo; de la facilidad conque se pisotean reputaciones; de lo tranquilamente que se destruye la dicha ajena; y de la trascendencia de esta calumnia, que no rechazo con todas mis energías, porque las pocas que me quedan, después de oirte, las necesito para perdonarte.

Julia ¿A mí?

Sol. A ti. El mundo, propenso á juzgar mal, ideó la calumnia; pero tú, pareciéndote chica la injuria de creerla, me la arrojas á la cara; y más que quien hace el puñal, asesina quien lo clava.

Julia Y qué culpa tengo yo de que las apariencias...

Sol. No, no sigas; ya no quiero que sigas. ¿A qué ensañarte, si el primer golpe ha sido certero? No retuerzas el arma en la herida, que mujer eres, una hija te vive y... quiera Dios que nunca os hagan beber hieles tan amargas...

Julia Es que no daremos motivo.

Sol. Tampoco yo lo di. ¡Te lo juro!

Juila Hechos, hechos; que las palabras...

Sol. Hechos tendrás. Me sobra dignidad para comprender que tu injusta acusación no tiene más que una respuesta y que ahora mismo debo dártela.

Julia ¿Cómo?

Sol. Saliendo inmediatamente de esta casa, donde á cambio de protección y afecto, di cariño tan honrado, que con la frente muy alta, me puedo ufanar de él.

Julia Acertada resolución si la ejecutas pronto.

Sol. Ahora mismo. (Medio mutis.)

Man. Espera; que yo te acompaño

Julia ¿Usted? Papá necesita quien lo cuide.

Man. Pues que no llame á la puerta de sus hijos.

Julia ¿Es usted capaz de abandonarlo?

Man. Por una temporada. Sola y sin recursos, ¿dónde iba á ir?

Sol. Con mi padre; ¡aún tengo padre!

Man. Con él te llevo.

Sol. No es necesario.

Man. Nadie podrá impedirlo.

ESCENA XIX

DICHOS; GENERAL

Gen. Manuel... Soledad... pronto.

Sol. ¿Qué ocurre?

Gen. Creo que una desgracia. Han herido á Paco en un duelo.

Sol. ¡Herido!

Julia ¡Pobre hermano!

Man. ¿De *gravedá?*

Gen. No lo sé. Dicen, acaso por tranquilizarme, que la cosa carece de importancia y que lo están curando; pero lo traen en un coche.

Julia ¡A! Pues cuando lo traen así la herida es de cuidado.

Sol. No lo quiera Dios.

Man. ¿Quién sabe?

Gen. Por si acaso no hay que perder tiempo. Tú (A Soledad.) entérate de si está arreglada su habitación y tú (A Manuel.) corre á llamar al médico.

Sol. (¡Dios mío!)

Man. (¡Por vida de...!)

Gen. Pero, ¿no os movéis? ¿qué hacéis así? Vamos, que urge.

Sol. (¿Cómo decirle ahora...?)

Man. (A Julia.) (¿Ve usté cómo muchas lenguas se debían taladrar?)

Gen. Pero... ¿qué pasa aquí?

Sol. Padrino, yo... por usted haría lo más penoso.

Man. Y yo.

Sol. Pero lo imposible... nadie puede hacerlo.

Man. Nadie.

Gen. ¿Imposible una cosa tan sencilla? ¿Estáis en vuestro juicio? ¿Con esa indiferencia tomáis mis pesares?

Sol. Eso no; los siento como propios, y bien sabe Dios que mi cariño á usted, que es grande y limpio y honrado, (Mirando á Julia con intención.) me dice en estos momentos: asiste á ese herido, sufre con ese padre y paga tu deuda de gratitud á ciento por uno; pero...

se resiste mi lengua. Al repetirlo, creo que yo misma me insulto...

Gen. ¿Quieres explicarte?

Man. No hay más remedio que decírselo.

Sol. Pues bien; soy joven (Con intención á Julia.) soy mujer, vivo con hombres que no son ni mi padre ni mi hermano y resultan demasiado buenos estos motivos para que los desaproveche la maledicencia.

Gen. ¿Y quién ha sido el mal hombre?...

Sol. Sufro hablando de esto y... es preciso que yo me marche de aquí...

Man. Acompañándola yo; porque sola no se va á ir.

Gen. ¿Irte tú? ¿Marcharte tú?

Sol. A la fuerza.

Gen. Eso ¡nunca!

Man. No hay otro modo de tapar la boca de la calumnia.

Gen. ¿La calumnia? A ti no puede alcanzarte.

Man. Sí; las manchas en lo blanco se ven mejor.

Gen. No; somos lo que somos y no lo que dicen que somos. Tú puedes despreciarla.

Sol. ¿Despreciarla, y ya ha ocasionado un duelo? Comprenda que debo irme; sí, debo irme y me voy.

Gen. Yo no puedo consentirlo; no lo consentiré.

Sol. Es preciso. No sabe usted lo que me cuesta, no lo sabe usted; pero mi determinación es tan firme, ¡tan firme! que nadie podrá impedirla. (Se van Manuel y ella por la escalinata.)

Gen. ¡Soledad!... ¡Soledad! (Siguiéndola.)

Paco (Fuera.) ¡Papá!

Gen. ¡Ah! ¡Mi hijo, mi pobre hijo!

Julia (Al ver á su hermano con el brazo en un pañuelo.) ¡Paco!

ESCENA XX

JULIA, GENERAL y PACO

Paco No asustarse, hombre, no asustarse.

Gen. ¿Vienes herido?

Paco No es nada. Una rozadura en la piel.

Gen. ¿De verdad?

Paco Te lo aseguro. Todos creyeron que era más.

Julia No te fíes, papá; ya sabes que él todo lo echa á broma. Avisa al médico, por si acaso.

Paco Pero, ¿para qué? si esto no es nada.

Gen. Sin embargo, voy á mandar que venga.

Paco No, por Dios; déjate de médicos. No hay que abusar de la suerte, que si se libra uno de una bala, una receta pocas veces falla.

Julia Pero como tú eres así...

Paco ¡Qué pesada te pones! ¿No me ves? He venido para tranquilizaros y para decir que bajen mi maleta á la estación, porque casi me queda tiempo para llegar al tren y ultimar un asunto.

Gen. ¿Te vas?

Paco He tenido la desgracia de herir gravemente á mi contrario y comprenderás que no está bien quu me vean por ahí.

Gen. Pero, ¿de veras tu herida es leve?

Paco De las que se curan con tafetán. Mira como muevo el brazo.

Gen. Siendo así, apruebo tu determinación. ¿Necesitas dinero?

Paco Ahora no; pero será fácil que te telegrafíe pronto. Conque, por si luego no puedo despedirme de ti, adiós, papá. (Abrazándole.)

Gen. Adiós, mala cabeza; y á ver cuando empiezas á tener juicio.

Julia ¿Este? Cuando lo cases.

Paco Pero, mujer, no se te ocurren más que diabluras. El médico, el matrimonio...

Julia Los locos se curan habituándolos á proceder seriamente; y casarse es cosa muy sería.

Paco Vaya, mncho. Confiesan á uno antes. Pero, en fin, perdono tus cariñosas intenciones, y hasta la vuelta.

Julia No; salgo contigo. (Tengo que hablarte.) Adiós, papá.

Gen. Andad con Dios. (Se van Julia y Paco por la derecha.) ¡Y se van!... ¡Se marchan! (Pasada del chauffeur con dos maletas.) Poca cosa debe ser el afecto de los hijos, porque el de los míos no advierte que ahora más que nunca necesito el cariño y el dulce calor de la familia.

ESCENA XXI

GENERAL, SOLEDAD y MANUEL

Sol. ¡Padrino! (Con guardapolvo y saco de viaje.)
Gen. ¡Soledad!
Man. Yo... hasta la vuelta. (Con un maletín.)
Gen. Pero, ¿decididamente te vas?
Sol. Con muchísima pena, pero no hay más remedio.
Gen. ¿Sin tener... lástima de mí?
Sol. Téngala usted de mí y no insista.
Gen. ¡Por última vez!
Sol. Imposible.
Gen. Pero, no comprendes que tu padre... ¿Qué dirá?
Sol. Que es usted el mejor de los hombres.
Gen. No, no te vas.
Sol. Sin que nadie pueda detenerme. Ni á la fuerza me quedaría.
Gen. Está bien. Vete... vete! (Se sienta en el banco con la cabeza entre las manos.)
Sol. ¡Padrino!... ¡padrino!... ¡Adiós! (Mutis muy lento.)
Man. Mi general... ¡ánimo!
Gen. ¡Animo! Sin hijos, porque ya lo ves, se alejan de mi; sin ella que era mi única ilusión, mi última ilusión, ¿para qué quiero esto? (Señala el corazón.)
Man. *Pa* mucho, porque es corazón de padre, y en el corazón de un padre, aunque siembren los hijos ingratitudes y egoismos á puñaos, nacen ternuras y sentires á borbotones.
Gen. ¡Manuel!
Man. Adiós, mi general. Hasta pronto. (Mutis Manuel.)

(El General queda abatido sobre el banco.)

ESCENA XXII

PACO y GENERAL

Paco ¡Padre!... ¡padre!... (Abrazándole.)
Gen. ¡Hijo!
Paco Vengo sofocado... Julia acaba de enterarme

lo que tu ahijada es para ti, y de que se marcha. No lo consientas; no la dejes irse. Por encima de las conveniencias sociales y del ridículo temor al qué dirán, está un derecho, el más grande, el más humano de todos: el derecho á la felicidad.

Gen. Es ya tarde.

Paco ¿Cómo?

Gen. ¡Se ha ido!... ¡se ha ido!

Paco ¿Y te estás así? Anda, corre á su alcance, detenla, hazla volver, que quien no corre detrás de la felicidad, bien merece la desgracia.

Gen. ¿Para qué? Ella es la juventnd, es el amor, y mis piernas con la pesadumbre de los años, están demasiado torpes para correr detrás de lo que tiene alas. ¡Qué malo es ser viejo!... ¡qué triste ser viejo!... (Apoyado en su hijo.)

Paco (Con voz temblona y muy triste.) Mucho debe serlo, cuando una pena, tu pena, por primera vez lleva sombras á mi alegría. ¡Padre!... ¡padre! ¡Qué amarga desilusión la desilusión de la vejez!

TELON

Precio: 1,50 pesetas

ALFONSO BENITO ALFARO

FRASCO-LUIS

ZARZUELA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN PROSA Y VERSO, ORIGINAL

MÚSICA DEL MAESTRO

JOSÉ MARÍA ALVIRA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1905

FRASCO-LUIS

FRASCO-LUIS

ZARZUELA

N UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN PROSA Y VERSO

ORIGINAL DE

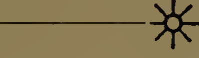
ALFONSO ——— ALFARO

MÚSICA DE

JOSÉ MARÍA ALVIRA

———

Estrenada con gran éxito en el TEATRO MARTÍN la noche del 14 de Octubre de 1905



MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 11

TELÉFONO NÚMERO 551

1905

A mi querido y buen amigo

Federico Augustí

En tu acreditado CAFÉ CASTILLA, *Infantas 29, notable por sus económicos bocadillos, sus sabrosas empanadas, su riquísima leche y sus inimitables cenas, se ha escrito la mayor parte de este librejo.*

Por derecho propio te corresponde la dedicatoria, ¿verdad?

Pues te lo dedico y... me parece que no tendrás queja del reclamo.

Siempre tuyo,

Alfonso

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
TOMÁS..........................	Srta.	Rodríguez.
JULIANA LA PECOSA.........		Bonora (María).
PETRA..........................	Sra.	Corona.
EL SEÑOR FRASCO LUIS......	Sr.	Muro.
DON JOSÉ......................		Díaz.
EL SEÑOR MIGUEL..........		León.
EL HERRERÍN.................		Moreno.
UN TOCADOR.................		González.

Verduleras, vendedores y coro general

La acción en Madrid.—Epoca actual

Derecha é izquierda, las del actor



ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Calle. Al fondo derecha taberna. Dos veladores en la puerta. Esta con cortinas encarnadas. Sobre ella el rótulo «Vinos y cervezas». Al fondo izquierda barbería con puerta de cristales. En cada una se leerá: «Servicio, 15 céntimos».

ESCENA PRIMERA

MIGUEL, PETRA y HERRERÍN

(Al levantarse el telón, Miguel, sentado en el velador de la izquierda, canta algo flamenco. Al terminar aparece Petra con una copa que le sirve.)

HER. (Por la derecha.) Buenos días, señá Petra.

PETRA Buenos días.

HER. ¿Ha empezao ya la consulta?

PETRA Todavía no.

HER. Como el señor Frasco Luis abre el bufete á las ocho y son las ocho y media... ¿Qué número hago?

PETRA El dos, porque el uno está tomao.

MIG. Por un zervió.

HER. ¡Hola, señor Miguel! (Se sienta junto á él.)

MIG. Adiós, Herrerín. Oye, niña, dos puñalás de Casaya pa matá er gusano. (Petra mutis por la taberna. Sale por la izquierda don José, pasa delante de los otros sin saludar, dándose importancia, y se sienta en el velador de la derecha.)

ESCENA II

DICHOS y DON JOSÉ

HER. ¡Anda el don José! Pues no se da poco pisto.

MIG. Cáyate, nene, que za dejao el autromóvil en la ezquina.

HER. Nada, que no saluda.

MIG. ¿Te has quedao múo, arma mía?

JOSÉ ¿Responder yo?... ¿Yo? Me parece difícil. ¿Qué son ustés pa mí? vamos á ver, ¿qué son? ¿Está bien, que yo, yo con los principios que profeso, me trate con dos infelices que trabajan, no digamos que mucho, lo cual les honra algo, pero que al fin y al cabo trabajan? Vamos, hombre, que todavía hay clases.

MIG. (Al Herrerín.) Zobra motivo pa zartarle la niña del ojo izquierdo.

JOSÉ ¿Qué eres tú? (Al Herrerín.) Un tonto que en la fragua se embetuna el cutis. ¿Y pa qué? Pa ganar siete indecentes reales, y pa que cuando te acercas á una moza te diga apartándose al ver cómo te destiñes: ¿Ma tomao usté por la Verónica? Y usté, (A Miguel.) ¿qué es usté? Un pobre bailarín, que cuando tié lecciones, come á turno impar, y que cuando no las tiene, anda á morráa limpia con el hambre.

MIG. No hay ofisio sin quiebra. (Petra les sirve una copa y se retira.)

JOSÉ ¿Que no? El mío.

HER. ¿El tuyo? ¿Pues qué eres tú?

JOSÉ Consejero.

HER. ¿Consejero?

JOSÉ Del sexo débil.

MIG. ¿Y produse la... profezión?

JOSÉ Es una mina. Ya ve usté el sombrerito que me traigo.

MIG. Una presiosidá. ¡Vaya un canelo!

JOSÉ ¿Y el traje? (Se levanta luciéndolo.)

MIG. ¡Camaráa! ¿Prosede de arguna testamentaría?

JOSÉ Envidioso.

HER. ¿De manera que has resuelto la custión de vestir de Valdivia?

JOSÉ Y la del gabi gratuito.

MIG. Y pa ezo del aconsejamiento, ¿tiés muchas parroquianas?

JOSÉ Muchas. Aquí espero á una súper. Las primeras manos pa vender hortaliza.

HER. ¿Quién es?

JOSÉ La Juliana.

MIG. ¿La Juliana, la Pecosa? (Admirado.)

HER. ¿Esa bala perdía?

JOSÉ Cuidaíto, ¿eh? Le gusta demasiao el lujo y le dice una palabra gruesa al verbo y se pirra por verbenearse, pero en el fondo no es mala, y dende que le administro yo lo que gana, su situación es otra.

HER. Y la tuya también.

ESCENA III

DICHOS y TOMÁS

TOM. Buenos días, señores. (Limpiando los cristales con un paño.)

MIG. Mu güenos, zimpaticón.

HER. Hola, Tomás. ¿Está tu padrino en la barbería?

TOM. No. Hoy es día de mercao, y por eso pué que se retrase. ¿Pero estás ahí tú, don José? (Acercándose á la mesa.) ¿Cómo va esa... vagancia?

JOSÉ Produciendo más que esa... barbería.

TOM. ¿Pero decididamente no te dedicas á algo?

JOSÉ ¿Yo? ¿Yo? Ya conoces mis principios. 1.º El hombre ha nacío pa el descanso. Y 2.º No hay más que dos artes verdaderamente liberales: la profesión de vago y la de Presidente del Consejo de Ministros.

TOM. El que, como yo, piensa en casarse, necesita ser algo.

JOSE Ya empieza por ser tonto. Pero, ¿de veras contraes el vínculo?

TOM. Sí, me caso del tóo. Con cura y en la iglesia.

JOSÉ ¿Y quién es ella?

TOM. La Juliana, la Pecosa. (Se levantan los tres muy sorprendidos.)

MIG. ¿La Juliana? ¿Ves tú, (A José.) morralaso, cómo tóos los ofisios tién quiebra?

JOSÉ ¿Sabes lo que has dicho?

TOM. Sí.

JOSÉ ¡Rediez! Siento verme en la necesidad de impedir ese enlace.

TOM. ¡Reonce! ¿Y por qué?

JOSÉ Por dos razones. La primera, porque me da la gana de impedirlo.

TOM. ¿Y la segunda?

JOSÉ No entra en mis cálculos decirla.

TOM. Conque.. ¿en tus cálculos? Pues mira, ya que según se ve, entiendes de números, sácame esta cuenta. Suponiendo que en cada centímetro de cutis te caben veintisiete bofetás, ¿cuántas te voy yo á colocar ahora mismo en la cara? (Abalanzándose á él.)

MIG. Tomasiyo, por Dió. (Deteniéndole.)

TOM. Déjeme.

HER. ¡Chico! (Deteniéndole también.)

TOM. ¡Granuja! (Pausa. Miguel, Herrerín y José asustados.)

HER. Que te va á agredir.

JOSÉ A jóvenes así, hábleles usté de vida prática y... del saneamiento de la moneda.

TOM. Déjeme, que lo ahogo.

HER. Hombre, la ofensa no es pa tanto.

MIG. Y después de tóo, argo más dise la gente de la Pecosa. Y argo peor.

TOM. ¡Maldita sea! Ya sé que se murmura de la Juliana, pero (Agarrando á Miguel y zarandeándodolo.) que repita la calumnia, uno, cualquiera, pa saber yo á quién le estorba la dentadura. Vamos, hombre..

PETRA (En la puerta de la taberna.) Tomás, que *te se* enfría el café.

TOM Voy.

PETRA Anda pronto, chico.

TOM. (Al irse.) ¡Mecachis! ¡Si no fuera!... ¡Embustero! (A Miguel.) ¡Sinvergonzón! (A José. Mutis Tomás por la taberna. Quedan los tres asustados y mirándose.)

HER. ¡Gachó, vaya un geniecito!

JOSÉ Y vaya un trepe el que le voy yo á echar á la Pecosa por no haberme enterao.

MIG. Y será mu capaz de casarse con eya ese tonto.

JOSÉ *Les* hay... mu sinvergüenzas. (Mutis por la derecha. Petra sale de la taberna y Frasco Luis por la izquierda.)

ESCENA IV

PETRA, FRASCO LUIS, MIGUEL y HERRERÍN

PETRA Vamos, hombre, los clientes esperando y tú...

FRASCO Yo, urtimando un trato dificurtosiyo, pero ar fin he largao la yegua alasana. (Se sientan Miguel y Herrerín en el velador de la izquierda.)

PETRA Ya te iba á anunciar en los papeles, porque como tardabas y anoche no viniste...

FRASCO Anoche me conviaron á dir ar Vaticano, establesimiento de bebías muy espirituosas.

PETRA ¿Y qué?

FRASCO Pues que fuí y que cenamos como unos duques. ¡Hasta hubo mantel! Pusieron cayos y una ensaláa de escabeche con pepinos que nos chupamos los deos. Hubo su poquitín de cante y se bailó argo y se bebió mucho; pero me hicieron mal los pepinos, y siguió er jaleo y la juerga y... en fin, que me he pasao la noche en er Vaticano.

PETRA Siempre que vas con los de la Sacramental pasa lo mismo.

FRASCO Déjame en paz y... que el uno de la antesala (A Miguel y Herrerín cuando va á sentarse en el velador de la derecha.) pase ar despacho. (Miguel se acerca al velador de Frasco Luis y echa dos pesetas sobre él de modo visible. Petra se va á la taberna.) ¿Qué hay, Migué?

MIG. Que er Conejín z'ha empeñao en arruinarme.

FRASCO Explícate.

MIG. Pues verás. Yo tenía en mi Acaemia de baile un chorrito de plata; pero dende que ha abierto zu zalón frente ar de casa eze mal ange del Conejín, no zé que coba fina ze trae pa la gente, que me eztá dejando la parroquia más aclará que er cabeyo de la cabesa. (*Se descubre luciendo una gran calva al limpiarse el sudor con el pañuelo.*)

FRASCO Güeno, ¿y qué quieres?

MIG. Que busques er modo de serrarle á eze niño el establecimiento. Aunque pa conzeguirlo haiga que vendé la camisa, aunque uno tenga que empeñá ezte remo (*Baila.*) que es er de la salía.

FRASCO Pues estás servío, Migué.

MIG. ¿Zervío? Olé la cadensia der paso y lo menúo der taconeo. ¿Y cómo va á ze ezo?

FRASCO Er niño ese, al pagarme unos honorarios, me sortó un duro con irterisia, y como de mí no se chotea naide, ayer cuando me consurtó si te yevaba ar Juzgao por el rétulo que has puesto sin pagar lisensia, le dí un consejito que se las trae.

MIG. ¿Sí?

FRASCO Le aconsejé poner otro, que en cuantito lo ponga, vaya si le sierran er salón.

MIG. ¿Pues qué va á desí?

FRASCO Dirá así: Er Conejín. Profesó ensiclopéico de baile. Y debajo: Proveedó de la Riar Casa.

MIG. ¿Y con ezo...?

FRASCO Con ezo le van á dar pocas.

MIG. Pero si la cosa no risurta...

FRASCO Güérvete por aquí mañana y como no traigas monea farsa, verás si le serramos er salón.

MIG. ¿De veritas? (*Levantándose.*)

FRASCO Palabra. Ahora déjame despachá.

MIG. Ya me voy porque me jago cargo. Pero si le sierran la Acaemia... (*Bailando.*) si se la sierran... Hasta luego, Frasquito. (*Mutis por la izquierda.*)

FRASCO ¡Er dos! (Se acerca Herrerín y echa una peseta sobre la mesa.) ¡Eh! tú, niño, que pa las dos de los honorarios farta una pela.

HER. Usté dispense, me había distraído.

FRASCO Yo no. ¿Qué hay?

HER. Que hoy es la vista de aquello.

FRASCO ¿De qué?

HER. De la custión que tuvieron mi madre y la Rita del Portillo. ¿No recuerda usté que después de llamarse cosazas y de ponerse la... azotea, que *aquello* daba lástima, se... mecharon?

FRASCO Ah. Sí. ¿Y qué?

HER. Que el único testigo de la bronca fuí yo, y que me llama el juez á declarar.

FRASCO Pues tú vas y declaras en favor de tu madre como debes.

HER. ¿Pero usté no repara que si mi madre, vamos, es mi madre, la Rita del Portillo es mi madrastra? A ver que declara un hombre de concencia.

FRASCO La cosa está bien clara. En er juisio desageras los insurtos y dí que se agredieron por la espalda, á traición, ensañándose...

HER.. Y el Juzgao las manda á las dos á la calle de Quiñones.

FRASCO Eso mismo. Y tu pare ¡calabasa! sin ese par de avispas, pues se quea como er pez en el agua.

HER. ¡Mecachis! ¡Es verdá. (Se levanta.)

FRASCO Como la luz. Conque, ¿te has enterao?

HER. Hasta las cachas. (Recordando.) A traición... ensayándose... ¡Ay mi madre y la Rita! Muchas gracias. (Mutis por la izquierda.)

ESCENA V

FRASCO, LUIS y PETRA

PETRA ¿Has terminao? (Saliendo de la taberna.)

FRASCO Sí. ¿Quién vino ayer?

PETRA El Tijeras.

FRASCO ¿Ha puesto el ojo postiso á la muleta tordiya?

PETRA Si no anduvieras tan perdío que apenas paras en casa, lo habrías visto.

FRASCO Mujé, había que dir á la Audensia. No puede uno dejar solos á los testigos farsos, porque enseguía meten la pata.

PETRA Me paice que me engañas. Tú te traes algo con la Pecosa.

FRASCO Cáyate por Dio. Pa mí en tóo er globo no hay más mujé que mi Petriya, serranota.

PETRA Sí, sí.

FRASCO Pero negra, dende que te separaste de tu marío y te puse ar frente de esa taberna, ¿quién está como tú?

PETRA Nadie, pero ayer la vista concluyó pronto y no te ví el pelo en tóo el día.

FRASCO Es que entré un ratito en la sala tersera.

PETRA Pero hoy no irás.

FRASCO Hoy no farto yo á la sala segunda aunque me den un pase de libre sirculasión pa er Banco de España.

PETRA Ay, hijo, te vas á volver mochales.

FRASCO No hay más remedio que aplicá uno en la Audensia lo que puea. Er negosio der trato está perdío y hay que buscá por otro lao una pesetiya pa Tomasín.

PETRA ¡Ni que fuera hijo tuyo ese muchacho!

FRASCO Como si lo fuera, porque es la sangre de mi comparito Manué Carmona, un amigo que en los güenos días der contrabando me sarvó la vía dos veses. Er probe murió en el alijo de Argeciras y me dejó esa criatura, asín de chiquitiyo, como un corderín sin mare. Por mieo á que se queara solo en er mundo y sin amparo, dejé aqueya vía, vine á Madrí, me dediqué ar trato, y poco á poquiyo le he puesto esa barbería, y poquiyo á poco le voy hasiendo un capitalejo pa desirle er día de mañana: «Toma, eso lo ha ganao pa tí mi sudó, lo ha reunío pa tí mi agradesimiento, lo ha ahorrao pa tí mi cariño, lo ha...» Pero, ¿tú ves qué tonto me pongo, hablando de esa criatura? Anda, negra, dame er desayuno y dame un pañuelo mu grande pa limpiame la baba. (Mutis los dos por la taberna.)

ESCENA VI

JULIANA. Aparece por la izquierda con una cesta de rábanos al brazo y una regadera

Música

¡Y... rábanos! Como el agua tiernos, ¡rabanitos!
Maldita siá la vida
amarga, triste y perra
de las siempre arrastradas
y pobres rabaneras,
que siempre cesta al brazo
por calles y plazuelas,
y plazas y mercaos
trabajan como bestias.
Y tóo pa un pedazo
cochino de libreta
y pa un pingo de falda
barata y no bien hecha,
ó pa un par de zapatos
de dos ú tres pesetas,
ó pa un mal sotabanco
debajo de las tejas.
¿Por qué nos ha dao
quién da tóo esto,
el cuerpo bonito
que va derramando
la gracia y la sal,
si para nosotras
el mundo no tiene
mantones bonitos
ni faldas de seda,
ni trajes, ni ná?
¡Y... rábanos! Como el agua tiernos, ¡rabanitos!
Apenas el sol sale,
la pobre rabanera
ya está por esas calles
cargada con la cesta,
moj ındose si llueve,
temblando cuando hiela
y expuesta á los ardores
del sol que la piel tuesta.

Y luego, cuando acaba
de noche la faena,
se marcha á su guardilla
obscura, triste y fea.
Y allí en el crudo invierno
no tiene el suelo estera,
y no hay fuego en la hornilla,
y no hay cama ni cena.
¿Por qué aquí tenemos
deseos y afanes
de goces honraos,
de paz y familia
de casa y hogar,
si no hay pa nosotras
ni cuartos alegres,
ni cama mullida,
ni cena caliente,
ni vida, ni na?
De suerte tan perra
estoy harta ya.

Hablado

Así es pa mí la vida de arrastráa.
¡Y aún la muerden á una y la critican!
Cierto es, y muy cierto,
que me gusta arreglar mi personita
con calzao elegante
y ropa de la fina.
Pero eso es necesario,
y si no, que lo digan (Al público.)
con toda confianza las señoras
ya que estamos aquí como en familia.
¿No es cierto, (que no lo oigan los hombres)
que las feas igual que las bonitas
pretendemos chocar, chocar tan solo,
y que una mal peinada y mal vestida
aunque sea una Venus
no choca... ¡ni pizca!
Verdá es que no desprecia
ni un rato de palique en una esquina
ni una entrada de Apolo pa la cuarta
ni una juerga con piano en la Bombilla.
Pero eso, ¿á quién ofende?

¿Y cómo se desquita
una de lo muchísimo que rabia
vendiendo la hortaliza
á toas las que van á la plazuela
con gorro y mucho golpe de mantilla?
Porque ¡las hay!... las hay regateando
que se pierden de vista.
—¿A cómo la patata?
(Imitando la voz de una compradora cursi.)
—A quince el kilo.
(Muy chulón.)
—¿Se pegan al freirlas?
—No tenga usté cuidac,
éstas nunca se pegan; son pacíficas.
—Diga usté, ¿son legítimos los ajos?
—¿Quié usté el certificao de garantía?
—A ver las berengenas.
—Las tengo superiores, cosa rica.
—Me parecen usadas... muy usadas.
—Y usté las quiere vistas...
vistas ordeñar, señá condesa.
—Deslenguada.—¡So tía!
—Vaya usté á que la zurzan.
—Adiós, doña... egoísta,
usted aquí, con gorro
y su hombre descubierto en la oficina.
Y así una parroquiana y otra y otra,
hasta que una se enrita
y dice unas palabras
que solo en el Congreso puen ser dichas.
¡Ay, qué oficio más perro!
Si llego á tener hijas...
(Dando golpecitos en la cesta.)
no la llevan, que no, ¡por mi salú!
Primero las metía
á tiples de Romea,
ú á sastras ú á coristas
ú á monjas con clausura
ú á otra ocupación más lucrativa.
¡Y... rábanos!
Como el agua tiernos, señorita.

ESCENA VII

JULIANA y TOMÁS

TOM. Julianilla. (*Muy cariñoso.*)
JUL. Hola, Tomás. (*Con frialdad.*)
TOM. ¡Juliana!
JUL. ¿Qué?
TOM. Que has dicho «hola, Tomás» como si le dijeras á un pobre: Dios te ampare.
JUL. ¿Y cómo quieres que lo diga?
TOM. Con toa el alma. Como se dicen esas cosas cuando se tiene aquí por toneladas el querer.
JUL. ¡Tú querer!
TOM. Pero oye, oye. ¿Es que vas á dudar de él? ¿Es que te has quedao ciega pa no verlo, ó es que te quieres hacer la desentendía por no pagarlo?
JUL. Tóo eso es conversación, solo conversación y náa más que conversación.
TOM. Pero escucha.
JUL. Lo dicho, dicho. Sabes que está una cogiendo humedades en el arroyo, sabes que está perdiendo la salú y tú... ¡en la higuera! Sin coraje pa decirle al señor Frasco Luis: padrino, ahí, en esa barbería, que es muy grande y muy aburrida pa un hombro solo, hace falta la alegría de una mujer. ¿Me deja usté que la lleve?
TOM. ¿Que no tengo yo coraje pa eso? Y pa pelearme con el hombre de más agallas por tu cariño. Pero, oye, cuando voy á hablarle del asunto, me da una cosa así como reparo.
JUL. No sé por qué.
TOM. Tienes razón. Esta tarde se lo digo; sí, por mi salú que de esta tarde no pasa.
JUL. ¿De veras?
TOM. Ahora mismo si tú quieres.
JUL. ¿Y si te dice que no?
TOM. Quita, tonta. Me quiere mucho pa darme esa pena, y cuando yo le diga, usté necesita

como el comer un angelito rubio, de ojos negros, que le alegre las horas y le quite á besos las arrugas de la cara; pero pa eso es preciso que yo me case, y pa que yo me case es necesario que sea con la Juliana, verás cómo se vuelve jalea y sale de estampía, y va á la calle de Postas, y... compra un faldón de cristianar.

JUL. Pero suponte que dice que no.

TOM. Es imposible.

JUL. Supóntelo.

TOM. Pues si me dice que no... si me dice que no, mucho le debo, mucho, pero...

JUL. ¿Qué?

TOM. Que ya tengo edá pa que no me trate como á un chiquillo, y me casaré sin su permiso.

JUL. ¿Y.. si nos quita la barbería?

TOM. Ganaré un jornal en otra; y con catorce reales y tu querer y un sotabanco chico, muy chico, para estar juntos, muy juntos, que me echen penas, que me las echen.

JUL. Eso, Tomás, (Echándole los brazos al cuello.) así me gustas, así proceden los hombres, así te quiero yo.

TOM. Y así miran las mujeres pa volverle á uno loco, y pa alegrarle los rincones del alma, y pa que se lleve por delante tóo lo que á ellas les estorbe.

JUL. ¿Vas?

TOM. Voy.

JUL. Anda.

TOM. Volandito. (La mira á los ojos y como si fuera á besarla sin atreverse, hace mutis por la taberna.)

JUL. ¡Pobrecillo! Hay en él, no sé, algo nuevo para mí. Y sin embargo no le pago como debo su cariño; porque está una hecha á tratar con semejantes puntos, que los hombres como Tomás no le parecen hombres. (Yendo hacia la izquierda.) Pero ¡ay! si me quitara de esta vida.

ESCENA VIII

JULIANA y DON JOSÉ, por la derecha

JOSÉ Gracias á Dios que te encuentro.
JUL. ¿Qué? (Volviéndose) ¿Hay. . gazuza?
JOSÉ Hay... que no te puedo dejar de la mano. ¿Por qué tiés relaciones con Tomás?
JUL. ¡Anda éste! Porque me da la realísima gana.
JOSÉ ¡Desagradecía! ¿Quién te enseña á vivir? ¿Quién te saca con sus consejos de muchos apuros? Y cuando la venta se da mal, ¿quién te dice: «juicio, Juliana, juicio, que hoy no podemos pasar de los dos *riales* de judías?
JUL. Pero, ¿á qué viene eso?
JOSÉ A que no quiero que te cases con ese niño.
JUL. ¿Y por qué?
JOSÉ Pero, ¿tú crees que una barbería es la primada de Toledo?
JUL. El padrino de Tomás es rico.
JOSÉ Eso es como el agua en una cesta; porque que le dé al viejo la humorada de casarse, y verás si pa los dos es entonces difícil la custión del *piri*. Conque licencia á ese mono.
JUL. Es que le tengo alguna ley.
JOSÉ Te peinas tú pa algo más que un barbero.
JUL. Hombre, avisa si sabes de algún príncipe de la sangre.
JOSÉ ¿Principitos? Resultan peor que un traje á plazos.
JUL. Entonces...
JOSÉ Pero ven acá. ¿No te mereces siquiera un hombre que nos asegure á ambos el libre ejercicio de la dentadura?
JUL. ¿Y dónde está ese hombre?
JOSÉ Donde yo sé.
JUL. ¿Tú?
JOSÉ Yo.
JUL. ¿Quién es?
JOSÉ Nada menos que el señor Frasco Luis.
JUL. ¿El señor Frasco Luis? Estás mochales. Sí

que de unos días á esta parte me dice muchos chicoleos, pero mira que pensar que un hombre tan rico se case con una pobre como yo...

JOSÉ Te parece mentira, ¿verdad?

JUL. Y tan mentira.

JOSÉ Pues un porción de veces me ha dicho: si consigues que la Juliana se pase conmigo por la Vicaría, te abrochas cuarenta chuchos.

JUL. ¿Y qué?

JOSÉ Que me los abrocho, vaya si me los abrocho.

JUL. Mira, déjate de historias y vamos á almorzar en el bodegón.

JOSÉ Corriente; pero ¿qué *hemos* ganao hoy?

JUL. Cuatro beas.

JOSÉ ¡Cuatro!... Entonces podemos corrernos hasta el guisao. Allí ultimaremos el asunto.

JUL. Pues anda, que tengo apetito.

JOSÉ Pase... la señora de Frasco Luis. (Mutis los dos por la derecha.)

ESCENA IX

FRASCO LUIS y TOMÁS

FRASCO (Saliendo de la taberna.) Pero, niño, esto es un trabucaso. Me quiero casar, me quiero casar... ¿sabes tú lo que es er casorio?

TOM. La gloria con angelitos y tóo.

FRASCO Sí, con unos angelitos que píen pan y rompen sapatos, y que si los asientas en las rodiyas pa acarisiarlos te largan... un reumatismo.

TOM. El hombre no ha nacío pa vivir solo.

FRASCO Bien, bien, hablemos de la novia. Primero hay que sabé si es güena.

TOM. Mucho.

FRASCO ¿Bonita?

TOM. Es madrileña.

FRASCO ¿La edá?

TOM. Veintitrés abriles.

FRASCO ¿Veintitrés años eya y diecisiete tú? Malo, malo, pero que mu malo.

TOM. ¿Y eso qué importa?

FRASCO Ahora no importa, pero de aquí á unos años, sí, porque un pantalón de paño fino y una casadora de arpaca *fulé*, er día que se estrenan paresen un traje, pero pasa er tiempo, er pantalón dura, la americana se pone que... ni pa colá café, y claro, pa dir de limpio... hay que comprarse otra chaqueta

TOM. ¿Pero usté no se opone á la boda?

FRASCO Si la chiquiya es honráa... honráa, ¿qué voy á jasé? Pues arreglar los papeles y apadriná la sirimonia, y ¡hala! á quererse los hombresitos y las reales mosas.

TOM. ¡Eso! ¿Y quién será dichoso por su padrino? ¿Y quién no podrá pagar nunca lo que debe á su padrino? ¿Y quién quiere á su padrino? (Le besa la mano.) Su afectísimo servidor que le besa la mano.

FRASCO Güeno, hombre, güeno ya. ¿Y se pué sabé quién es eya?

TOM. ¿No se lo figura usté?

FRASCO (Hase tiempo que lo sé.) (Con rabia el aparte.) Yo no.

TOM. Pues la Juliana.

FRASCO ¡La Pecosa! (Pausa.)

TOM. ¿Qué le pasa á usté?

FRASCO Chiquiyo... mucho lo siento... mucho; pero esa boa... esa boa no pué sé.

TOM. ¡Padrino!

FRASCO No hay pairino que varga. ¿Eya tu mujé? Nunca.

TOM. ¡Ah, comprendo! Sabe usté ya las calumnias que han levantao á esa chica. Porque eso de los bailes y de las juergas, hoy con uno y mañana con otro, son calumnias.

FRASCO ¿Calurnias? Mira... inosente, si argo soy en tu estima, deja á esa mosa que no es apeláa pa tí, déjala pa otro.

TOM. ¿Dejarla? Por su salú, padrino, no haga caso de malas lenguas; no se oponga.

FRASCO Pero, parvulín, ¿no me he de oponé, si esa

mosita es pa tí un potrito de mucha sangre? Conque déjate de tonterías y no hablemos más de esto, que me pongo de mal humó, ¿oyes? de muy mal humó.

TOM. Si no puedo vivir sin ella; si ella es pa mí tóo.. ¡tóo!

FRASCO ¿Tóo?

TOM. Sí.

FRASCO Pero, ven acá, niño. ¿Sabes tú lo peligrosa que es una jaquita así? La acarisias er cueyo y muerde, le das una parmaiya en las ancas y cosea; vas á ponerle er cabesón, y la muy perra te tira un sarpaso. Pa un hombre como yo, ¿entiendes? pa un hombre como yo, que conose toas las malas mañas der ganao, menos má, pero ¿pa tí?

TOM. Bueno, pues tóo lo que se canse usté es inútil.

FRASCO ¡Nene!

TOM. Sí señor, yo le quiero á usté y le respeto, y si me lo manda me arrojo de un cuarto piso; pero no me diga usté que deje de querer á esa muchacha, no me lo diga... porque eso sí que no, no y no.

FRASCO ¡Hola! ¿Conque er cachorro saca las uñas? ¿Conque náa vale lo que yo digo? ¿Conque... la güena tierra donde yo he sembrao cariño echa desagradesimiento? Y eres tú, Tomás, mi Tomasiyo, quien me da esa puñaláa.

TOM. Yo, sí; no hay más remedio.

FRASCO Está bien. Críe usté con tóo er mimo der mundo un potro de cabesa pequeña y cabos finos y cueyo enarcao, que tenga anchuras en er pecho, y pórvora en la sangre y elevasiones en los remos, y arrogancia y gayardía en los andares. Güérvase usté loquito con la bestia y sáquele briyo en er pelo y trénsele la cola y adórnelo con borlas y flecos y alamares y cascabeles; y cuando lo tenga usté más arreglao que una novia y más vistoso que una fiesta en un cortijo, que el animá eche las patitas al aire y se revuerque en er barro. Eso es lo que tú vas á jasé.

TOM. Pues lo hago, porque ya tengo edá pa que no *me se* trate como á un chiquillo.

FRASCO ¿Es... esa tu úrtima palabra?

TOM. Sí, señor.

FRASCO ¿Aunque á mí, entiendes, me contraríe esa boa?

TOM. Sí. ¿Cuál es la última de usté?

FRASCO Que no; ¡desagradesío!

TOM. Entonces, ahí en la barbería estoy yo demás.

FRASCO ¿Quién ha dicho eso? Cuando yo doy una cosa la doy pa siempre, ¿sabes? pa siempre.

TOM. Padrino...

FRASCO O tu gusto ó er mío.

TOM. El mío.

FRASCO Está bien. Quéate con Dios. (Mutis por la taberna.)

ESCENA X

TOMÁS

Música

Aunque todo el mundo quiera
que yo deje á esa mujer,
con las veras de mi alma
yo la tengo que querer.
Aunque á la vida volviera
el padre que me faltó
y ¡déjala! me digera
yo le diría que no.
Ay, Pecosa de mi vida,
niña que mis penas calma,
manojito de claveles
y cariño de mi alma.
Aunque la envidia de muchos
clave sus uñas en tí,
aunque me arranquen la vida
no han de arrancarte de aquí.
Por el día dichoso, Juliana,
en que te ví;
por los ratos felices pasaos
cerca de tí;

por la santa memoria de aquella
que en gloria esté,
aunque todos te injurien y ofendan
te he de querer.
Nunca, jamás
te olvidaré,
cada vez más
te he de querer.

(Herrerín viene por el fondo y entra en la barbería.)

Hablado

TOM. ¡Que la olvide! ¡Que arranque de aquí lo que está hondo, tan hondo que con ello tendría que salir la entraña! No... ¡no pué ser!

HER. Oye, tú; (Desde la puerta.) ¿se sirve á la parroquia, ú no? Hay que ir aseao al juicio.

TOM. Dispensa, Herrerín, no te he visto entrar. (Mutis los dos por la barbería.)

ESCENA XI

JULIANA y FRASCO LUIS

JUL. ¡Y... rábanos! (En la primera caja.)

FRASCO (Saliendo de la taberna.) ¡Eya! Ni en el teatro yega una persona con más oportuniá.

JUL. ¡Como el agua tiernos, rabanitos! (Saliendo.)

FRASCO Oye... capuyo trempano.

JUL. ¿A mí?

FRASCO ¿A quién ha de sé?... ¡Ojerosa! Ven á acá.

JUL. ¿Qué quiere usté, señor Frasco Luis?

FRASCO Primero deja que te mire. Mu bien... mu bien. Los pies como dos golondrinas, er cuerpo... repujao donde es debío, la boca... iguar que un rasimiyo de grosella, la nariz revortosa, respingosiya y...

JUL. ¿Me va usté á retratar pa una colección de postales?

FRASCO Te voy... te voy á desí una cosita mu güena.

JUL. A ver, á ver.

FRASCO Que tu cuerpo bonito es un morde que ni pintao, pa que luzcan en él las fardas de

seda y los mantones de chinos y las mantiyas de blondas.

JUL. ¿De veras?

FRASCO Como lo que leen en la misa dimpué de pasá er libro.

JUL. Pero, ¡qué lástima! ¿Verdá, señor Frasco Luis? Porque como si no.

FRASCO ¿Te quiés cayá? Yo soy el amo de eso (La taberna.) y de eso (La barbería.) y guardo un árbum de postales der Banco de España.

JUL. ¿Y qué adelanto yo con eso?

FRASCO Pues casi náa; que pues ser el ama de tóo.

JUL. ¿Cuando me case con Tomás?

FRASCO Caya, por Dios; no pienses en eso.

JUL. Entonces no adivino cómo.

FRASCO Pues consintiendo en que er cura de San Cayetano nos eche las bendiciones.

JUL. ¿A usted... y á mí?

FRASCO Claro.

JUL. ¡Señor Frasco Luis!,... Usté es rico, usté se burla de una pobre.

FRASCO Que me afeite en seco un loco con una caña si no es la luz lo que te digo.

JUL. Pa comprender que á un hombre como usté, no le conviene una mujer como yo, tiene una suficiente talento aunque se haya educao en los liceos del barrio de las Injurias.

FRASCO Lo que tienes tú es menos mundo que un caracó, y que estás por los mositos de poca edá; pero ascucha, chiquiya, pa las mujeres que buscan casaca, los hombres deben sé como los melocotones; maúros, mu maúros, que es cuando tienen más armíbar.

JUL. Lo sé; pero tóo eso es guasa por el propio cosechero.

FRASCO ¿Vamos á San Cayetano, si te pruebo que mi queré es verdá?

JUL. Si me prueba usté que es verdá...

FRASCO ¿Qué?

JUL. Si me prueba usté que es verdá...

FRASCO Arremata, hija, arremata.

JUL. Pues será... cosa que merezca pensarse.

FRASCO ¡Bendita sea esa boca, panar de mieles. Eso es darme una esperansa.

JUL. Pero... (Sale Petra con un vaso en una bandeja y escucha sorprendida.)

FRASCO Ven acá, desconfiadiya; ¿por qué ni á tiros, fíjate bien, ni á tiros consentía yo tu boa con Tomás? Porque te quería pa mí, ¡pa mí! Y sabiendo eso, ¿te negarás á ser mi mujersita?

JUL. Creo... que no señor.

FRASCO Er tú es más cariñoso.

JUL. Como te dé la gana. (Deja caer Petra la bandeja.) ¡La Petra!

FRASCO ¡La voladura der porvorín! No se reparten esquelas.

ESCENA XII

DICHOS y PETRA

Música

PETRA Oye, Pecosa.
JUL. ¿Qué quieres, Petra?
PETRA Dos palabritas.
JUL. Dí las que quieras.
FRASCO Se armó la gorda,
se armó la gruesa,
estas se zumban
la pandereta.
PETRA ¿Tú quieres bronca?
JUL. Tú lo verás.
PETRA Pues si la buscas
pronto la habrá.
Mírame bien á la cara,
mira y después de mirar,
dime si tú ni ninguna
el pelo del moño me puede tomar.
JUL. Si es que te empeñas en ello,
por darte gusto lo haré,
porque yo soy muy amable
y ahora no tengo gran cosa que hacer.
PETRA Esos moños que te pones
yo te los voy á quitar.

JUL. Para ponerte postizos
los que no tienes quizá.

PETRA Vas á ver pa qué los quiero.
(Queriendo pelearse)

JUL. Sí que lo vamos á ver. (Idem.)

FRASCO Niñas, que un juicio de faltas
(Impidiéndolo.)
cuesta dos duros ú tres.

PETRA Déjame que la zurre.

JUL. Déjame á mí.

FRASCO ¿Qué dirán mis clientes
viéndome así?

PETRA Basta ya de palabras.

JUL. Tienes razón.

FRASCO Niñas, carma, prudencia,
no haiga custión.

PETRA Voy á cortarte la cara.

JUL. Algo podrás rebajar.

PETRA }
JUL. } Para que vea la gente

PETRA } Que llevas el sello que debes llevar.
JUL. } Que no llevo el sello que debes llevar.

PETRA Menos labia y más coraje.

JUL. Menos labia y más hacer.

LAS DOS ¡Ay, Dios mío de mi alma
cómo la voy á poner!

PETRA ¡Alquilona!

JUL. ¡Destapada!

PETRA ¡Mala hembra!

JUL. ¡So vejez!

PETRA ¡Ay! Te voy á quitar pelo pa una toquilla de ocho vueltas.

JUL. ¡Elé! A ver si tiés cora.

LAS DOS ¡So cimbel! (Quieren agarrarse. Frasco lo impide.)

Hablado

FRASCO Que se ha rematao. ¡Dos hembras peleándose por un gachó! ¿Qué va á ser esto? ¿No arreparáis que cuarquiera que pase, me va á tomar por uno de esos organiyeros á quienes les compran las mositas carsetines listaos?

PETRA Pero, ¿es posible que te portes así conmigo?

FRASCO Hay rasones pa eyo.
PETRA Dilas, hombre, dilas.
FRASCO La primera es que *me se* han metío drento, pero que mu drento, los ojiyos cosquiyosos de la Juliana.
JUL. ¡Toma canela!
FRASCO Y la segunda es, que siendo tú casáa, no quiero exponerme á que me archiven por... adurto.
PETRA Corriente, haz lo que quieras porque los hombres sois... hombres; pero esa... esa no se ríe de mí.
JUL. Nada más que unas miajas. (Muy chulón.)
PETRA Es que... (Queriendo agarrarla.)
FRASCO Es que te vas á cayá... y ahí te dejo la taberna por... por daños y prejuisios.
JUL. Pero yo...
FRASCO Tú, á tené menos lengua y á corgarte de este braso, que te voy á lusí por la barriá pa evitá custiones y pa que rabien las vesinas.
JUL. ¡Olé los hombrecitos! (Del brazo.)
FRASCO ¡Ya por mi negra!
PETRA Eso sí que no. (Se abalanza hacia ellos.)
FRASCO ¡Quieta! (Dominándola con la mirada. Pausa. Petra retrocede dos pasos.) ¡Vamos! (A Juliana yéndose por la derecha.—Telón de boca un momento para dar lugar á que aparezcan en escena las figuras del cuadro sngundo.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Telón corto de calle

ESCENA XIII

HERRERÍN, VENDEDORES y VERDULERAS

Música

VERDS. Las rosas por tomates.
VENDS. Parroquia, venga acá.
VERDS. Judías como seda.
VENDS. A perra chica van.
TODOS Sin temor á los fríos
ni á los calores,
van corriendo las calles
los vendedores.
(Sale el Herrerín acompañado del tocador)
Y con voces que tienen
grata armonía,
sin cansarse, pregonan
su mercancía.
HER. Vengan, señores,
vengan á ver
los nuevos tipos
que imitaré.
CORO Vamos corriendo,
vamos á oir
lo que nos cante
el Herrerín.
HER. Traigo la gracia,
traigo la sal,
los nuevos tangos,
la actualidad.
CORO Vamos corriendo,
vamos á oir.
Cántanos algo
que haga reir.
(Herrerín se pone un sombrero flexible que saca del pecho.)

HER. Así marcha el pobre sorche
cuando ingresa en el cuartel;
(Anda torpemente y con cara de bruto.)
Así se queda cuadrado
cuando pasa el coronel;
(Con la mano temblándole.)
así expresa su alegría
cuando á rancho oye tocar,
y así dice á las criadas
cuando aprende á camelar:
En tu cuerpo serrano, bonita,
(Haciendo muchos gestos.)
comarita, tarro e miel,
sirvo yo cuatro añitos y aluego...
(Da tres pasos de baile hacia la concha.)
pido el renganche pa diez.

CORO En tu cuerpo serrano, bonita, etc.
(Baila el Herrerín.)
Qué gracia que tiene
el tal Herrerín,
cantando y bailando
no hay otro en Madrí.

—

HER. Así marcha la beata
cuando al templo va á rezar,
(Encogido, dándose golpes de pecho conforme anda.)
y así ahuyenta á los demonios
si la tienta Satanás.
(Santiguándose repetidas veces.)
Así toma el chocolate
con el padre Simeón,
y así dice arrepentida
al hacer la confesión:
(Con voz gangosa.)
Me remuerde un pecado muy gordo
que de joven cometí,
y el pecado es el tiempo precioso...
que por beata perdí.
(Repite el Coro y baila.)

—

(Muy exagerado.)
Así presume el maleta
cuando pisa el redondel,

y así le tiemblan las piernas
cuando el toro no es un buey.
Mucha planta, mucho pisto,
mucho adorno y mucho aquel,
y cuando los toros pegan
así baila el baile inglés.
Y le vuelve la cara á la fiera
exponiendo á un achuchón,
á la parte más glútea y carnosa
de to lo que Dios le dió.

(Repite el Coro y baila.)

—

Así sale don Tancredo

(Pasito menudo, con los brazos caídos y las manos como aleteando hacia atrás.)

cuando se hace la señal,
y así se pone arrogante
encima del pedestal.
Le ve el toro á la salida
y bramando va hacia él,
y de repente se para
y aquí (Señalando atrás.)
le principia á oler.
Y la estatua que no ve á la fiera,
dice, entonces... ¡ay, Jesús!
el torito no viene de cara...
pero peligra la cruz.

(Repite el Coro y baila)

(Se recomienda al actor encargado de este papel que correspondan la acción y el gesto á la letra del cantable. Procure que el sombrero sea claro, viejo y que se preste á tomar formas caprichosas para el mejor efecto. El traje del tipo, muy popular en Madrid, consiste en pantalón claro y viejo, americana oscura, vieja también y corta de mangas, boina azul y pañuelo encarnado de algodón, anudado con descuido.)

Hablado

HER. (Pidiendo con una bandejita.) Vamos, señores, lo que quieran. (A los de la izquierda que se van al pedirles.) Lo que tengan voluntá, que aquí á nadie se obliga. (A los de la derecha, que hacen lo

mismo.) Pues, señor, bueno. Va á ser cosa de ofrecerse uno al Gobernador pa disolverlos grupos, porque con mandarme á mí circular la bandejita, disuelvo yo hasta el de Daoiz y Velarde. Pero, ¿tú ves? (A don José que sale por la izquierda.)

ESCENA XIV

HERRERÍN y DON JOSÉ

JOSÉ ¿Qué?

HER. Que como no hay trabajo en la herrería, se las busca uno por otro lao y, ¿ni una perra?

JOSÉ Te está bien, por tonto. Dedícate á lo mío.

HER. Es peligroso.

JOSÉ ¡Quiá!

HER. ¿Que no? Pues cuando Tomás se entere de que su padrino le birla la moza y de que tú has intervenío en el asunto, hay más que golpes.

JOSÉ Por mí que los haiga.

HER. Puede que pa tí no falten.

JOSÉ No asustes. Ni que uno no pudiera ejercer libremente su profesión.

HER. Puede, pero con lo suave que se pondrá el niño y con el geniecito que tiene, si te rompe un hueso muy necesario, que te le romperá...

JOSÉ Cállate por favor, hombre. (Manifestando miedo.)

HER. O si te vacía un ojo.

JOSÉ ¿Te quiés callar?

HER. O si te ojala la piel.

JOSÉ Bien, hombre, bien. ¡Qué gana de agriarme el almuerzo y de que le baile á uno en el estómago el guisao un cake-val.

HER. Bueno es que te coja prevenío.

JOSÉ Pues si me estropea un ojo, ó me rompe un hueso, mejor. Me acojo á la Ley de Accidentes del Trabajo, y pata. Pa algo está el Instituto de Reformas sociales.

ESCENA XV

DICHOS y EL SEÑOR MIGUEL

MIG. Güenas tardes, güena gente. (Con una cesta y dos paquetes, por la izquierda.)

HER. Muy buenas.

JOSÉ ¿Qué tal, señor Miguel?

MIG. Ya lo véis, hisiendo perparativos, por tóo lo arto. Pa acreditá la Acaemia, y pa que vean los de la de enfrente que en la mía hay zalero pa derretí er metá; esta noche doy una mijita de cuchipanda en er zalón.

JOSÉ ¿Habrá masquen?

MIG. Masquen y... mojen.

HER. ¿Qué es eso?

MIG. Er despirfarro, niño, er despirfarro; porque er dinero ze ha jecho pa roar. Aquí yevo aseitunas, boquerones y zu medio kilo, bien corrío, de mojama.

JOSÉ Lo que no veo es el vino.

MIG. Lo haberá, lo haberá pa er serso feo. Pa las mujeres tengo coza fina. Un aguardiente con asúca, que se ríe de Doña María de Brisá.

HER. Pues hay que ir.

JOSÉ ¿Cómo que hay que ir? Pues qué, ¿soy yo capaz de desairar un convite? No ofendas, hombre, no ofendas.

HER. Supongo que de aquí (Taconea.) no faltará.

MIG. De ezo y de cante ¡Ay! (Cantando.) hay arropito con canela molía. Tengo una alurna, *La Taconsitos*, ¿verdá tú, on José?

JOSÉ La aconsejo yo.

MIG. ¡Tié la chiquiya pa er tango unos pies!...

JOSÉ ¡Y unas manos pa expender monea falsa!

MIG. Pues, ¿y la Encarnita?

JOSÉ También la aconsejo.

MIG. Eza es er cogoyito de mi clase.

HER. A esa no la he visto bailar.

JOSÉ Pues esta noche la ves y esta noche... te queas delgao.

MIG. Güeno, zupongo que azistiréis.

HER. Oye tú, que si asistiremos.

JOSÉ Aunque sea de cuerpo presente.

MIG. Entonse, como yo tengo que jasé, hastita luego. (Yéndose.)

JOSÉ Adiós, señor Miguel.

HER. ¿Quié usté que le lleve algo?

MIG. Me jarás un favó, porque aún tengo que mercá la bebía.

HER. (Cogiendo los paquetes,) Venga. Adiós, tú, don José. (Mutis los dos por la derecha.)

JOSÉ Hasta luego. (Mirando á la derecha.) Pero esa Pecosa sin venir aún á su casa.

ESCENA XVI

JOSÉ y PETRA

PETRA (Dando en la espalda á don José.) ¡Sinvergüenza! (Vuelve don José la cara.)

JOSÉ De fijo que no es á mí. (Volviendo á mirar á la derecha)

PETRA Granuja.

JOSÉ Seguramente me toma por otro.

PETRA Ladrón.

JOSÉ (Mirando al suelo como si hubiera perdido algo.) Pero, ¿por dónde se ha ido, seña Pedra, ese á quien le decía usted eso?

PETRA Pero si es á tí, mala sangre.

JOSÉ Miré usté que aunque uno está acostumbrao á que le llamen cosas feas, me paice que me voy á resentir.

PETRA De los riñones había de ser, bribón. Sé de buena tinta, que por tí me deja mi hombre; que tú has arreglao el lío, y anda, que me da vergüenza arañarte con esa ropa. Ponte unas enaguas.

JOSÉ Repare usté que...

PETRA Anda, ó te araño así. Y después espera que venga, porque cuando le cuente á Tomás tóo, te hincha.

JOSÉ La estoy oyendo á usté como tóo hombre delicao debe oir á una mujer enfadáa. M'ha dicho usté sinvergüerza.

PETRA Y granuja, porque lo eres.
JOSÉ Bueno, hay que sufrir. (Resignado.)
PETRA Y ladrón.
JOSÉ Corriente; hay que tener paciencia. (Idem.)
PETRA Si quiés comer, trabaja.
JOSÉ (Furioso cómicamente.) ¡Alto ahí! Eso si que no; ni á una señora se lo consiento. Y ¡ea! esto se ha terminao, y se ha concluído, ¿sabe usté? y se ha rematao, ¡rediez! y quede usté con Dios, que no quiero perderme. Pues señor, se está poniendo Madrid imposible. ¡Ni vago puede uno ser! (Mutis derecha.)
PETRA No; si de rositas no te vas. (Siguiéndole.)

ESCENA XVII

PETRA y TOMÁS

TOM. Petra.
PETRA Gracias á Dios que te encuentro.
TOM. ¿Qué hay?
PETRA Algo que no te pués imaginar, porque parece imposible. Tu padrino...
TOM. ¡Si lo sé!... ¡si me lo han contao tóo!... ¿Has visto que infamia? Engañar á uno así, robarle lo que más quiere, ¡estrujarle el corazón!... Mira, Petra, no él, si mi padre hace esa acción conmigo, créemelo, Petra, créemelo, á mi padre...
PETRA Calla.
TOM. Y creerá que voy á tragarme el paquete. No; jugar con el querer de un hombre, es peligroso y puede salirle caro, pero que muy caro.
PETRA Prudencia, Tomás.
TOM. ¡Prudencia! ¡Qué bien aconseja el que no le duele! ¡Apenas tengo yo ganas de echarle la vista encima!

ESCENA XVIII

DICHOS y FRASCO LUIS

FRASCO ¡A la paz e Dio!
PETRA Ahí lo tienes. ¡Y tan fresco!
FRASCO ¡Hola, Petriya! Adiós, niño. ¿*Te se* ha quitao el mal humó?
TOM. Lo que *me se* ha quitao, y cómo me lo ha quitao, y quién me lo ha quitao, ya lo sabe usté, señor Frasco Luis. (Recalcado.)
FRASCO ¿Qué es eso de señor Frasco Luis? ¡Señor Frasco Luis!... Se dise como siempre, ¡pairino!
TOM. ¡Padrino! Ya no es usté pa mí náa... ¡náa!
FRASCO ¿En tan poquitiya cosa me deja tu apresio?
TOM. (Exaltándose.) Al hombre que hace á otro hombre, porque yo ¿sabe usté? soy ya un hombre, lo qué usté ha hecho conmigo, se le escupe á la cara y se le parte el corazón. (Abalanzándose á Frasco Luis.)
PETRA ¡Tomás! (Deteniéndole.)
FRASCO Oye tú, criatura, ¿así me hablas á mí?... ¿á mí?
TOM. A usté, sí señor, á usté mismo.
PETRA Por Dios, Tomás.
FRASCO Déjalo, deja á ese... loco y vamos á cuentas, nene.
TOM. ¡Nene! ¿Usté cree, por esta carita sin pelo, que yo no tengo corazón pa jugármelo con cualquiera?
FRASCO ¿Quién dice que no? ¿Y qué más?
TOM. ¿Se burla usté encima?
FRASCO No tires por ahí, porque con arrodeos no nos vamos á entendé.
TOM. Usté quiere á la Juliana.
FRASCO Argo más que una mijita.
TOM. ¡Anda! ¡Y lo dice!
PETRA ¡Y lo hace, que es peor!
FRASCO ¿Qué tiene eso de particulá?
TOM. Que la quiero yo, ¡yo!

FRASCO ¿Y te parese á tí que la luz der día, que sale pa todcs, sale pa tí solito?

TOM. Bueno, déjese usté de historias y vamos á la cuestión.

FRASCO Pero no por er camino que tú quieres dir sin respetar esto, (Señala sus canas.) ¡desagradesío! sino con carma, con mucha carma.

TOM. Procuraré tenerla. Yo le debo á usté el pan que como, la ropa que visto, el oficio que tengo, y, en fin, le debo á usté... mucho, ¿que mucho? Tóo.

FRASCO ¿Y yo á tí?

TOM. ¡Nada!

FRASCO Y por eso, queriendo los dos á la Juliana, te debo desí: esa mujé es pa mí el aire que se respira y er cuidio que me farta y er sol que calienta mis huesos; pero anda, tómala, cójela, yévatela, tóo pa tí como siempre, aunque yo me quede sin aire, sin cuidio y sin sol. ¿No es esto?

TOM. Es que yo no puedo vivir sin ella.

FRASCO ¿Y yo soy de diferente pasta?

TOM. ¡Señor Frasco Luis!...

FRASCO ¡Señor Tomasiyo!... (Pausa mirándose.) Si dos hombres se encuentran una onsa en la caye, ¿de quién es?

TOM. Del primero que la coge.

FRASCO Pues ahí tienes el asunto en su terreno. ¿Digo argo?

TOM. Sí, tiene usté razón. Me he apurado sin motivo. Esto no es más que un infundio de usté, para quitar el estorbo que soy yo. Ahora me explico su negativa de antes; pero ella, me consta, ella está por mí.

FRASCO Pues si está por tí... güen provecho y de mi cuenta tóos los gastos der casorio; pero si está por mí, soy yo quien le pone er cabesón á esa jaca, y tú, además de conformarte, me quearás agradesío, por haberte librao de una hembra que prefiere á tu juventud, mi dinero. Me parese que hablo mejor que un Cónclave... Conque, ¿conviene lo que digo?

TOM. Sí; esa no es de las que se dejan llevar por los cuartos.

FRASCO Arrepara que, aunque er pelo es blanco, hay aquí su poquitín de gayardía.

PETRA Presume, hijo, presume.

FRASCO Dios te ampare. ¿Estamos conformes?

TOM Ya lo creo. Llevo las de ganar.

FRASCO Habrá que verlo.

TOM. Ahora mismo. Vamos.

FRASCO ¿A dónde?

TOM. A su casa.

FRASCO No está. Eya irá esta noche ar baile der señó Migué. Allí estaré yo.

TOM. Y yo.

FRASCO Entonses, hasta luego... chiquiyo. (Mutis por la izquierda.)

TOM. Hasta lùego... señor Frasco Luis. (Por la derecha con Petra.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

Sala. Puerta al foro. A cada lado de la puerta una guitarra con lazos colgada. En las paredes panderetas con madroños, retratos de toreros y castañuelas con cintas Al fondo izquierda un pequeño retablo para los tocadores. Al levantarse el telón aparecen las alumnas y hombres y mujeres invitados á la fiesta, sentados, ocupando el centro la pareja de baile. El tocador en su puesto.

ESCENA XIX

MIGUEL, HERRERÍN, ALUMNAS, INVITADOS, TOCADOR, UN CHICO

UNOS Sevillanas.

OTROS Tangos.

HER. Que se baile unos panaderos la Encarna.

VOCES ¡Panaderos!

MIG. Zeñorez, un poquitín de carma, que tóo ze andará, pero con arreglo ar ziguiente pograma.

VOCES A ver, á ver.

HER. Un poco de silencio.

MIG. (Leyendo.) Academia ensiclopéica de baile, de Migué Recortao. Cuchipanda der (Aquí el actor dirá la fecha del dia.) Pograma. 1.o Aseitunas, boquerones y un chatito pa jasé boca.

VOCES Muy bien.

MIG. 2.º Sevillanas corraleras por las hermanitas Zarvaó. (Rumor de aprobación.) 3.º Er tango der calamá ondulante por la Taconsitos. 4.º Panaeros por la zimpaticonízima Encarna. (Rumores más fuertes.) Y 5.º y úrtimo. (Subrayado último.) Baile tóo lo íntimo que ze quiera y con la menó luz pozible pa los zeñores invitaos. (Algazara.) Y sexto...

HER. ¿Después de lo último?

MIG. Zí, dimpué de lo úrtimo; porque dimpué de lo úrtimo, dando la güerta ze güerve ar prensipio. Y 6.º Otro bocaiyo delicao, tar

como mojama, y zopleo generá mientra haiga bebía.

VOCES Muy bien, muy bien.

HER. Pues á empezar.

MIG. Ahora mesmo. Niño, zirve á la gente.

CHICO Corriendo.

MIG. Y vozotras (A la pareja.) en poztura pa la zalía. Venga de ahí, Farzetas.

Música

CORO
Venga jaleo,
suenen las palmas;
los tocaores
van á empezar.
Hay que marcarse
por sevillanas,
que las chiquillas
van á empezar.
Subo como la hiedra
por tus paredes,
hasta llegar al cuarto
donde tú duermes;
y en allegando
te contaré las penas
¡mi niña!
que estoy pasando.

MIG.
Estas son las alurnas
de este gaché.

CORO
Que bailen otra copla,
señor Miguel.

—

La última coplita
tengo en la boca,
San Antonio me lleve
si canto otra.
Ya la he cantado,
San Antonio bendito
no me ha llevado.

—

Viva la gracia,
viva la sal

de estas chiquiyas
para bailar.

Hablado

VOCES Muy bien.
OTROS Eso es bailar.
HER. Pero que superísimo.
MIG. En mi zalón ze trebaja á consensia.

ESCENA XX

DICHOS, TOMÁS y PETRA. Luego FRASCO LUIS y JULIANA. Después DON JOSÉ

TOM. Buenas noches, señores.
VOCES Buenas.
HER. Hola, Tomás.
MIG. (A Tomás que se coloca á la derecha.) Chiquiyo; pero ¿qué cara es esa?
TOM. La de siempre.
MIG. Quita d'ahí. Zi ezo con un filetito negro es una ezquela de funerá. Pues, y ¿la de Petriya?
PETRA ¿Qué quiere usté? Nos pasan cosas muy tristes.
MIG. Pues aquí no quiero que haiga más que alegría y argasara y güen humó.
PETRA Pa nosotros se ha rematao el buen humor.
MIG. ¿Qué z'ha rematao? Verás como no. Niño, echa bebía.
FRASCO A la pa de Dió, señore. (Con la Juliana del brazo.)
MIG. ¡Frasquito de mi arma!
PETRA (A Tomás que está cabizbajo.) Tomás, mira.
TOM. ¡El con ella!... ¡Con ella! (Interés en todos los de la reunión.)
MIG. Pero, ¿qué paza aquí? ¿Ez ezto un baile ó un velatorio de persona adurta?
TOM. ¡Juliana!... ¡Juliana! (Reconviniéndola.)
JUL. ¿Qué hay?
TOM. Hay... que pa que este hombre no acabe de

volverme loco y que pa que yo no haga una barbaridá, pero que muy grande...

FRASCO No te dejo concluí, porque, como antes, te guerves á poné tontín. Yo lo diré enseguía.

JUL. ¿De qué se trata?

PETRA ¡Qué frescales!

FRASCO Pues en risumen se trata... se trata de sabé si conviamos, ó no, á Tomasiyo á nuestra boa. ¿Qué dises tú? (Pausa.)

JUL. Que no me paice mal. Es casi de la familia.

TOM. ¿Cómo? ¿Y tus palabras de hoy? ¿y las de ayer? ¿y las de siempre?

FRASCO (Impidiéndole acercarse á ella.) Si te pones así no arrematamos.

TOM. Déjeme usted. (Pasa al lado de Juliana. Frasco queda detrás de ellos.) Conque... ¿es verdad lo que todo el mundo me decía? (Agarrándola del brazo) ¿Con que vale pa tí más, ¡perra! el dinero que el cariño?

JUL. Que me clavas los deos en la carne. Cada una busca su comenencia.

TOM. ¡Maldito sea el día que te conocí! (Como si fuera á pegarle.)

FRASCO Eso no es lo tratao. (Metiéndose en medio.) Hay que aguantarse.

TOM. Dice usté bien. Se cayó la venda de mis ojos. Ya estoy tranquilo, ¿vé usté?, tranquilo. Paice mentira que se pase tan pronto del querer al desprecio, y... en fin uno que estorba, se va.

FRASCO ¿Y adónde?

TOM. Donde los hombres no mientan y las mujeres no engañen.

FRASCO ¡Hijo de mi arma! Te tienes que salí der mundo.

TOM. Adiós tú, (A Juliana.) aprovecharé lo que me has enseñao y no te guardo rencor. Siento que te cases, lo siento por este hombre á quien harás desgraciao. Adiós, Petra, nunca olvidaré lo que te debo. Adiós.... adiós... ¡padrino!

FRASCO ¡Eso! ¡pairino! Dilo mu fuerte, con toa la boca y con toa el arma. Tú pairino de siempre, que siempre te quiere, y que no te deja

marchá, porque yo nunca he pensao en casarme con esa mujé y solo he querío quitarte locuras de la cabesa.

TOM. ¡Cómo!

PETRA ¡Dios mío!

JUL. Pero, ¿ha sío tóo comedia?

FRASCO Así parese.

PETRA Ahora toma tú canela y ¡al mercao!

FRASCO Eso las hembras como tú ¡al chulo!

JOSÉ ¡Chist!... ¡chist!... ¡chist! (Bajo y con mucha importancia.)

FRASCO ¿Qué hay? (Encarándose cómicamente con don José.)

JOSÉ Que no hay que tirarla. (Idem con Frasco.)

FRASCO ¿Qué? (Engallándose con don José.)

JOSÉ Que no hay que ofenderla, que la amparo yo... ¡yo!

FRASCO ¡Bueno! (Como despreciándolo y yéndose al otro lado con Petra y Tomás.)

JOSÉ (A Juliana.) Y tú no te apures. Con gente así, ¿qué había de suceder? Levanta la cabeza, y míralos, y desprécialos, que esos... esos trabajan. ¡Arza! (Se va del brazo con ella.)

FRASCO (A Petra.) ¿Qué habías creído tú, selosona? ¿Y tú? (A Tomás)

TOM. ¡Padrino! (Abrazándole.)

FRASCO ¿Iba yo á consentí que te cazara como á un jirgueriyo esa lagartona? Me parese que he yevao la prueba mejó que un presidente de sala. Ahora tú conmigo, (A Petra.) tú (A Tomás.) á viví, que mujeres güenas, pa cuando te dé la locura der casorio, las hay á patás y yo, los menuto que me dejen libres los negosio der trato ¡ar bufete! si los señores me animan con sus parmas á no serrar la consurta.

HER. Y siga el baile.

VOCES Eso... Eso. (Preludia la orquesta el principio de las sevillanas, sale la pareja y se dispone á bailar.)

TELON



Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: UNA peseta

